Las ciudades en la transición al capitalismo

Eduardo Kingman Garcés

Modo de producción y urbanización

Gustavo Garza

ciudad
centro de investigaciones
La Gasca 326 y Carvajal - Telf.: 230-192
Casilla Postal: 8311 Quito-Ecuador

LAS CIUDADES EN LA TRANSICION AL CAPITALISMO
Eduardo Kingman Garcés

MODO DE PRODUCCION Y URBANIZACION
Gustavo Garza.

Editor: Anita García

Autores: Eduardo Kingman Garcés
Gustavo Garza

Primera Edición: CIUDAD, 1987

Segunda Edición: CIUDAD, 1988

Diagramación: Miguel Samaniego

Copyright: CIUDAD

Quito - Ecuador

Foto Portada: La ciudad hacia 1400 tomado de: SAHOP, *"El Códice de los Asentamientos Humanos"*, México, 1980, pp. 207.

La publicación de este libro, se la hace única y exclusivamente con fines académicos, docentes.

Probibida su reproducción total o parcial sin previa autorización de los editores.

INDICE

Pág.

LAS CIUDADES Y LA TRANSICION AL CAPITALISMO. Eduardo Kingman Garcés 7

- División del trabajo y urbanización. 9
- La ruralización de la vida económica social. 18
- Génesis de las ciudades en el medioevo 22
- Relaciones campo-ciudad 25
- Las ciudades y la transición. 30
- De la economía urbana a la economía territorial 36
- El desarrollo de la industria, y las ciudades 39
- Bibliografía citada. 45

MODO DE PRODUCCION Y URBANIZACION. Gustavo Garza. 47

- Sobre el modo de producción 50
- Origen y definición de la urbanización. 53
- Desarrollo económico, industrialización y urbanización. 59
- Modo de producción urbanización y surgimiento histórico de las ciudades. 62
  a) Producción primitiva sin urbanización. 62
  b) Urbanización esclavista tributaria 65
  c) Urbanización feudal comercial . . 68
  d) Urbanización industrial capitalista 73
  e) Urbanización industrial socialista 76
- Bibliografía citada. 86

LAS CIUDADES Y LA TRANSICION AL CAPITALISMO

Eduardo Kingman Garcés

ADVERTENCIA

El punto de partida de este trabajo es un Seminario sobre "Las formas clásicas de desarrollo urbano", dictado a los estudiantes de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central en el año de 1986. El texto se propone analizar los cambios que se producen en la configuración territorial y urbana en un proceso histórico determinado: el de la transición al Capitalismo en Europa. Previamente se da una visión rápida de la urbanización en los modos de producción anteriores al capitalismo. La publicación obedece a fines docentes.

DIVISION DEL TRABAJO Y URBANIZACION

Las relaciones del hombre con su medio son tan antiguas como el hombre mismo. "El hombre ha domesticado tanto a la naturaleza como se ha domesticado a sí mismo y a pesar de la asombrosa obra cumplida por él en este sentido bien sabemos que ella no tiene fin previsible" (José María Arguedas).

A las condiciones geológicas orohidrográficas, climáticas, como fundamentos de la vida social, se añaden una serie de factores producidos históricamente por el hombre, —entre los cuales se destaca la ciudad— que se constituyen de un modo u otro en soportes de su vida material.

El desarrollo histórico supone diversas formas de relación y de ruptura del hombre (individual y genérico) con el medio natural y construido. La división del trabajo marca de distintas maneras la vida de los hombres, y condiciona sus posibilidades de existencia. La división campo-ciudad en particular "convierte a unos individuos en limitados animales urbanos y a otros en limitados animales rústicos" (Marx Engels - Ideología Alemana).

Las Ciudades surgen, en oposición al campo, como expresión de la división del trabajo. "Las formas de urbanización son, ante todo, formas de la división social y territorial del trabajo (Lojkine).

La separación campo-ciudad constituye, a su vez, condición necesaria para la profundización de la división social del trabajo; la dinámica de esa relación ha jugado un papel fundamental en la historia económica. Toda división del trabajo desarrollada que se mantiene mediante el intercambio de mercancías —se dice en El Capital— tiene por base fundamental la separación de la ciudad y el campo.

Mas la ciudad (y el campo como su contrario) no sólo expresa el desarrollo de la división del trabajo, sino que responde a las distintas

formas de organización de la sociedad. Existe una estrecha relación entre las formas de urbanización y los modos de producción.

Las primeras formas de organización social y su ambiente

La oposición campo-ciudad surge con el tránsito de la barbarie a la civilización "y se mantiene a lo largo de la historia".

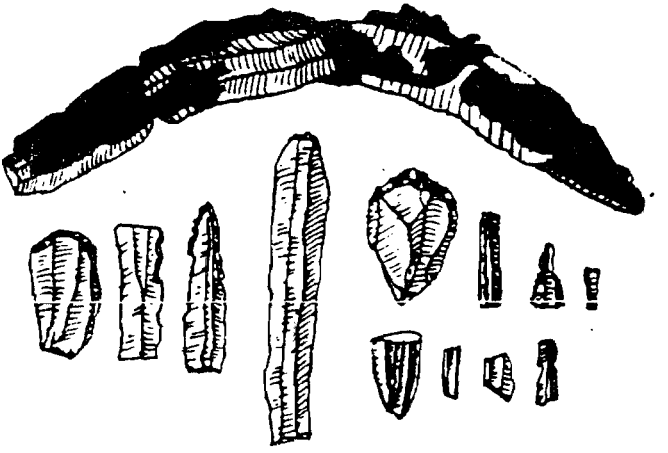
Bajo las formas de la comunidad primitiva difícilmente se podía hablar de esa oposición.

Al contrario de lo que sucede con la sociedad moderna en la que el individuo se encuentra desprendido de sus lazos naturales, "cuando más nos remontamos en la história, más aparece el hombre como dependiente y formando parte de un todo mayor". Tanto más se presenta el hombre integrado a la comunidad y a su medio.

Entre la aldea, las áreas de cultivo y los bosques que se extienden más allá de estos y sirven de reserva y límite con respecto a otras comunidades, no existe una clara diferenciación. La comunidad se relaciona con su medio de manera espontánea, como con algo natural. "El único límite que puede encontrar la comunidad en su comportamiento con las condiciones naturales como con condiciones suyas, es otra entidad comunitaria que ya la reclame como su cuerpo orgánico" (Marx, El Capital).

En todo caso, se trata de un medio inhóspito al cual, dado el limitado desarrollo de las

fuerzas productivas, sólo es posible enfrentarse de una manera comunitaria. La ausencia de un excedente no sólo explica la imposibilidad del surgimiento de clases sociales, sino los límites en el desarrollo social y cultural, y por tanto, en la producción del espacio.



Las formas de disolución de la comunidad primitiva y las formas que asumen las relaciones campo-ciudad en ese proceso, varían de acuerdo a las distintas condiciones históricas y geográficas. Los asentamientos urbanos suponen el nacimiento de actividades diferenciadas de las agrarias o se organizan como medio de dominio de un territorio. "La construcción de viviendas en la ciudad es la base de la organización guerrera" (Engels, El Origen de la Familia). Con el tiempo las ciudades se convierten en centros políticos, culturales, claro que esos procesos dependen de las formas de sociedad en las que se inscriben.

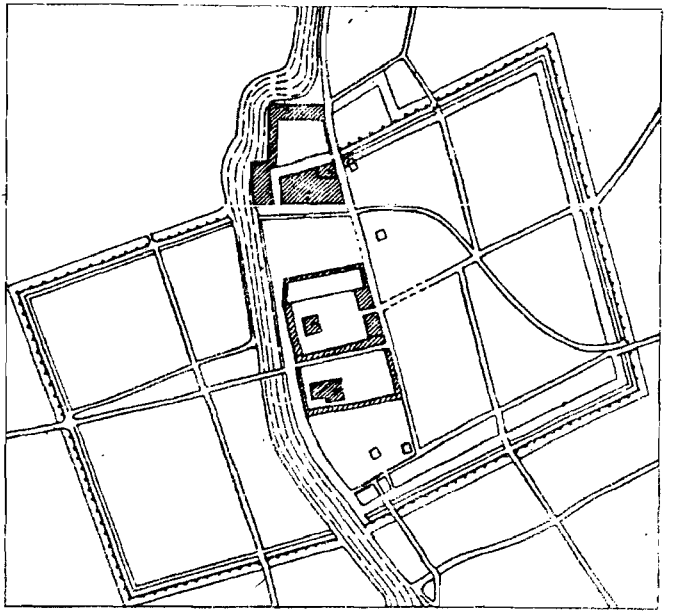
Ahí donde el desarrollo de las fuerzas productivas (principalmente agrícolas) supone la movilización de grandes contingentes humanos y una dirección centralizada, surge una forma particular de sociedad a la que a partir de Marx se ha dado en llamar Formas Asiáticas de Producción, aunque en realidad abarque un espectro mucho más amplio.

Dado el limitado desarrollo de los medios de trabajo, tareas tales como la construcción de canales y compuertas, el aprovechamiento de los ciclos productivos, el decantamiento de pantanos, el comercio a larga distancia, no pueden ser asumidos ni por los individuos, ni por las antiguas comunidades por separado.

Si las comunidades aldeanas continúan reproduciendo sus formas propias de existencia social (a veces a lo largo de milenios), por sobre estas se materializa una especie de "unidad" o "comunidad superior" (no interesa si a veces toma la forma de una deidad o del déspota) cuya función es justamente la organización del trabajo para la satisfacción de estas necesidades comunes.

Los individuos se relacionan con la naturaleza a través de la comunidad, sin que pretendan tener, por otra parte una existencia individual, independiente de ésta. Los individuos se confunden con su medio natural y social, dentro del cual parecen ser meros elementos o componentes.

Al interior de las comunidades de base, reproducen su existencia inmediata (ahí desarrollan sus actividades agrícolas y artesanales). Si bien existen ciudades, la unidad no surge en este caso como expresión de la diferenciación de los oficios con respecto a la agricultura ni del dominio del campo bajo relaciones esclavistas (este es quizás un punto de partida equivocado en Korn y Benévolo).

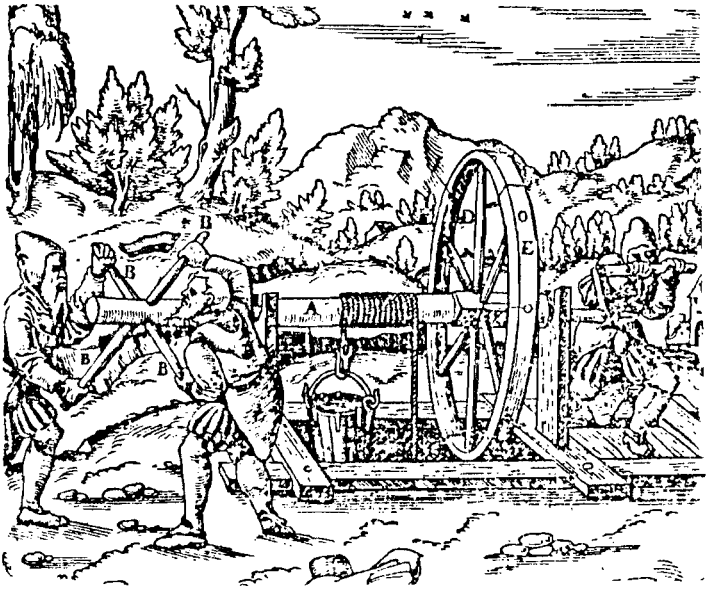


Ciudad Antigua Babilonia

La reproducción a la misma escala de la producción de oficios y la agricultura al interior de la comunidad aldeana, explica el por qué habla Marx en las Formas Asiáticas de "una especie de unidad indiferenciada entre el campo y la ciudad".

En realidad, en las llamadas sociedades asiáticas no están ausentes las ciudades, pero surgen al margen de la actividad productiva. En las ciudades se intercambia parte de los

excedentes artesanales y agrícolas producidos por las comunidades aldeanas; en otros casos las ciudades sirven de grandes observatorios o de fortalezas o a partir de ellas se organiza la producción, pero difícilmente intervienen de manera directa, en la transformación de la naturaleza. Las ciudades son, posiblemente, formas de concresión de la unidad superior; en ellas encuentran los individuos el referente de esa unidad. No es casual por eso que de las ciudades egipcias sólo queden en pie las ciudades de los muertos, las destinadas a peremnizar la unidad superior.



La ciudad en Grecia y Roma

El punto de partida de las llamadas sociedades antiguas es también la comunidad, pero el lugar de la comunidad no es en este caso el campo sino la ciudad; es en ella donde esta se materializa. La antigüedad greco-romana siempre constituyó un universo centrado en

las ciudades. El esplendor y la seguridad de la temprana polis helénica y de la tardía república romana, representaban el cénit de un sistema político y de una cultura urbana que nunca ha sido igualada en ningún milenio (Anderson, Transiciones del Esclavismo al Feudalismo).

Paradójicamente a esta civilización urbana no corresponden formas de economía urbana equiparables. A pesar de que al interior de las ciudades se desarrollan una serie de actividades propiamente urbanas, estas o tuvieron un carácter secundario frente a las agrarias, o no fueron productivas (el caso del comercio y la usura). En realidad la ciudad depende económicamente del campo, de la propiedad de la tierra. La historia antigua clásica es historia urbana —se dice en los Grundisse— pero de ciudades basadas en la propiedad de la tierra y en la agricultura. Se trata de una comunidad de ciudadanos cuyo fundamento es, contradictoriamente, su ligazón al agro.

La ciudad se organiza como medio de defensa frente al mundo exterior, pero también como medio de dominio al campo. Todo el desarrollo de la cultura urbana se asienta en el agro y éste se organiza en base a la conjugación de la propiedad colectiva (propiedad de la ciudad) y la propiedad privada de los ciudadanos, así como en la reproducción de las relaciones esclavistas. Claro que hay particularidades en el desarrollo de Grecia y Roma que no pueden detallarse. En el caso de Grecia se trata de ciudades pequeñas, siendo también pequeños los ámbitos que las rodean. El campo está ahí íntimamente ligado a la vida urba-

na. Incluso no existen murallas u otras fronteras que los separen. Los hombres de la ciudad no sólo son propietarios de la tierra, sino que de uno u otro modo intervienen en su labor, aunque la base de esta sean los esclavos. Habitan en la ciudad pero mantienen una relación constante con el campo. Cuando las ciudades crecen demasiado la población excedente migra a nuevas tierras y funda nuevas ciudades. El crecimiento de las ciudades modificaría necesariamente los lazos comunitarios.

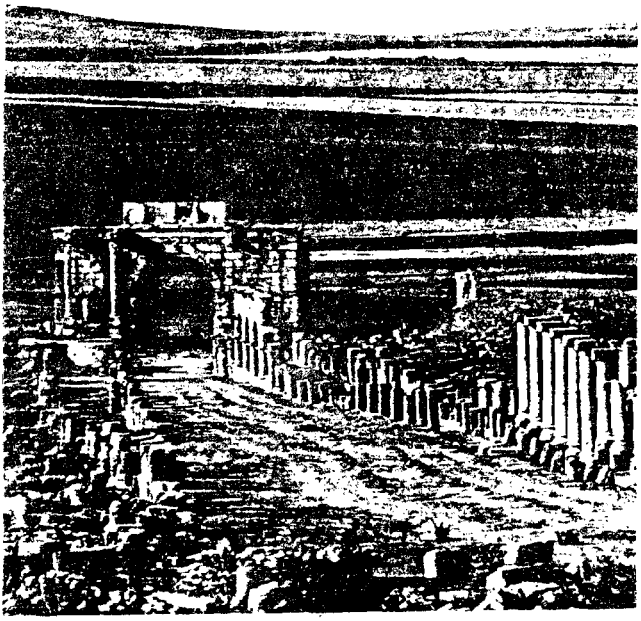
El ámbito de Roma y otras ciudades que con el tiempo pasan a jugar su rol, abarca todo un imperio. Los habitantes se hallan ahí marcadamente diferenciados, pero todos succionan, de algún modo a la periferie. Ni siquiera el proletariado romano es ajeno a ese parasitismo. La ciudad depende del campo, pero en este caso el campo se extiende muy lejos del ámbito de la ciudad. Lo dominante no son ya las pequeñas haciendas como en Grecia, sino las inmensas plantaciones trabajadas por esclavos y administradas por mayordomos. La ciudad vive parasitariamente de estas, así como de las exacciones de los medianos y pequeños propietarios, y de los tributos de las provincias. "Roma fue, ante todo, la gran capital del imperio romano, hacia donde confluyeron las riquezas culturales acumuladas por los pueblos vencidos. En ella tuvieron cabida y fueron representadas las más diversas manifestaciones, tanto de la cultura como de las religiones locales o nacionales de los habitantes de las procedencias más diversas. De ellos los ciudadanos romanos, hombres libres, asentados en Roma, no trabajaban, al menos manualmente en la producción de bienes ma-

teriales, sino que disputaban el subsidio del estado imperial para su manutención y de la gigantesca estructura recreativa organizada para ocupar el tiempo de ocio" (Lohania Aruca, Arquitectura y Urbanismo).

LA RURALIZACION DE LA VIDA ECONOMICO-SOCIAL

Tiempo antes de que los invasores bárbaros saqueen las ciudades del imperio, la vida urbana había entrado en franca decadencia como resultado de la profunda crisis por la que atravezaba la vida social romana. Si bien muchas ciudades continuaron desarrollando una existencia endémica durante toda la Edad Obscura, buena parte de ellas fueron borradas de la superficie de la tierra, "abandonadas y nunca más recuperadas", mientras que la mayoría abandonadas por los oficiales imperiales y por los terriers pudientes, se convirtieron en aldeas grandes, cuyos campesinos partían diariamente hacia los campos (Bloch. Historia Rural Francesa).

La unidad de los territorios del imperio no tenía un fundamento económico real y apenas se sostenía por la fuerza, de modo que las invasiones de los siglos V y VII no hacían más que acelerar un proceso de desarticulación del espacio que se venía dando desde hace tiempo.



Arco de Caracalla

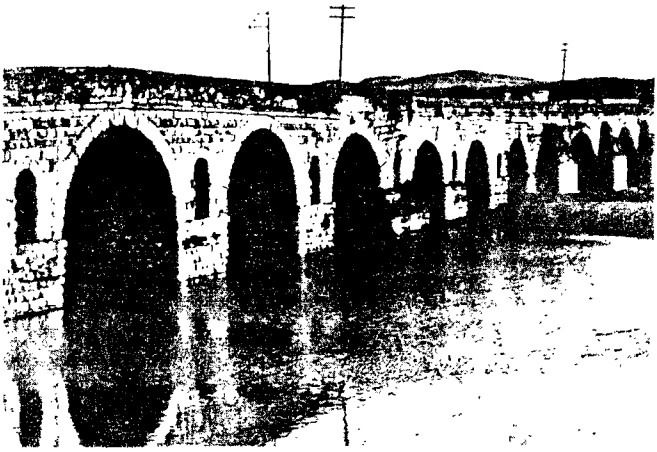
"La conquista romana había disuelto en todas partes las uniones gentilicias y los últimos restos de independencia local y nacional, sin sustituir esto con nada (. . .). La enorme masa humana de aquel inmenso territorio no tenía más vínculos para mantenerse unida que el Estado Romano y este había llegado a ser, con el tiempo, su peor enemigo" (Engels. El origen de la familia. . .) Los caminos que comunicaban a las distintas regiones del impero no servían tanto para el intercambio (única base de una integración territorial duradera), como para permitir la marcha de los recaudadores de impuestos y tributos y de los ejércitos imperiales.

El Estado Romano se había convertido en un monstruoso aparato de dominación cu-

yo asiento principal se encontraba en la ciudad, o más precisamente, en determinadas ciudades. La cristianización del imperio había sumado al parasitismo estatal el de la Iglesia. Las ciudades, cuya población se incrementaba de manera alarmante, mantenía una gran masa humana improductiva, cuya base de existencia

se asentaba en el campo. El propio capital acumulado en las ciudades a través del comercio y la usura, no está en condiciones de reproducirse productivamente, sino que desarrolla una existencia parasitaria, profundizando aún más la crisis romana en las ciudades y en el campo. La vida económica y social del imperio había entrado a un callejón sin salida, en medio del cual la ruina del campo conllevaba la crisis de las ciudades y en donde el deterioro urbano conducía a un entrampamiento aún mayor de las relaciones agrarias. "El desarrollo de la usura y de las funciones parasitarias, empobrecimiento general, retroceso del comercio, de los oficios manuales y del arte, dis-

minución de la población, decadencia de las ciudades, descenso de la agricultura a un grado inferior: tales fueron los últimos resultados de la dominación romana universal" (Engels).



Mérida el puente romano sobre el río Guadiana.

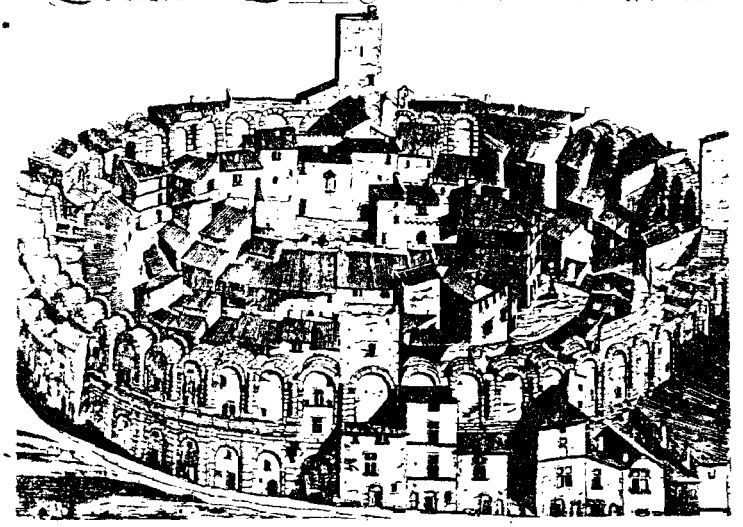
Lo dominante durante la llamada Edad Obscura fue la tendencia a la desarticulación del territorio y a la ruralización de la vida económica y social. Grandes zonas quedaron despobladas y si bien las concentraciones urbanas no desaparecieron del todo, dejaron de jugar su antiguo rol. El paisaje de la Alta Edad Media se nos presenta como el de pequeños poblados dispersos en medio de grandes bosques. Muchas ciudades y poblados habían sido abandonadas, pero nunca dejaron los hombres de agruparse de algún modo. "Parece realmente como si al final de la época romana, en la Alta Edad Media, los hombres hubieran tenido la tendencia, más que en el pasado a agruparse unos con otros". Esta afirmación de Bloch es válida para toda Europa y no sólo para Francia.

GENESIS DE LAS CIUDADES EN EL MEDIOEVO

Las ciudades no desaparecieron del todo en los siglos que siguieron a la caída del Imperio Romano. Las ciudades del Mediterráneo continuaron beneficiándose del comercio con Bizancio hasta el siglo VIII mientras que los requerimientos de la Iglesia permitieron a las llamadas ciudades episcopales mantener alguna dinamia. Claro que la vida de estas ciudades dependía, en gran medida, del campo. Las episcopales, en particular, desarrollaban una existencia parasitaria con respecto al campo, con poca o ninguna actividad económica propia. "Cuando mucho un mercado local abastecido por los campesinos de la comarca, satisfacía las necesidades cuotidianas del numeroso clero de la catedral y de las iglesias o de los monasterios, y de los siervos empleados a su servicio. Las ciudades episcopales subsistían únicamente gracias al campo. Las rentas y prestaciones de los dominios que pertenecían a los obispos o a los abades, servían para cubrir sus gastos". (Pirenne. Historia Económica y Social de la Edad Media).

El clima de inseguridad que se vive en esa época y que se había acrecentado desde el fin del impero Carolingio obliga a los hombres a agruparse de algún modo, ya sea en las antiguas ciudades a las que hemos hecho referencia, o en aldeas, (muchas de las cuales se hallan protegidas por empalizadas) o junto a los castillos o los monasterios. Las familias campesinas dispersas son más la excepción que la regla. En todo caso, no se puede hablar de asentamientos urbanos como los existentes ac-

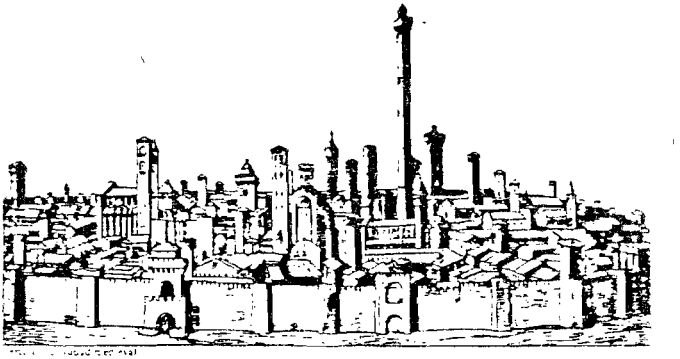
tualmente, ni siquiera como los de la Baja Edad Media. Las ciudades no parecen ser, antes del siglo X, más que emporios de señores, ya sean civiles o eclesiásticos, no teniendo artesanos ni comerciantes una existencia independiente al interior de ellas.



Consecuente con su concepción Hegel cree ver en el origen de las ciudades el resurgimiento del "sentido de la libertad". Las ciudades serían el resultado de "la alianza o conjura" al que llegan "los individuos que laboran terrenos colindantes" y a través del cual "resuelven realizar por sí mismos lo que antes habían hecho para el señor".

Las ciudades tienen, en realidad, distintos orígenes y están sujetas a distintos factores, pero aquí como en otras situaciones históricas, lo más importante no es la expansión física o el crecimiento demográfico de las ciudades, sino el surgimiento de nuevas formas

de estructuración social al interior de ellas. "La Edad Obscura tuvo efectos lo bastante desastrosos sobre la vida urbana como para volver improbable una continuidad de las viejas ciudades a las nuevas", afirma Dobb y añade: "en todo caso, lo importante no es la continuidad de los emplazamientos o servicios, ni aún de ciertos elementos de población, sino la continuidad de instituciones y modos de vida".



Lo que distingue a las ciudades del Medioevo de las del pasado es su fundamento económico. Las sociedades antiguas habían desarrollado importantes formas de civilización urbana, pero apenas habían generado una economía urbana, en realida vivieron parasitariamente del campo. Sólo a partir del siglo X, parece tomar forma económica la división entre el campo y la ciudad. Las ciudades no constituyen centros importantes de poder como Roma, o centros religiosos, o por lo menos esos no constituyen el fundamento de las ciudades del Medioevo. Su importancia radica,

en realidad, en el desarrollo de los oficios y del mercado. Estas actividades constituyen, de acuerdo con Hegel, "actividades perfectamente diferenciadas de las agrícolas".

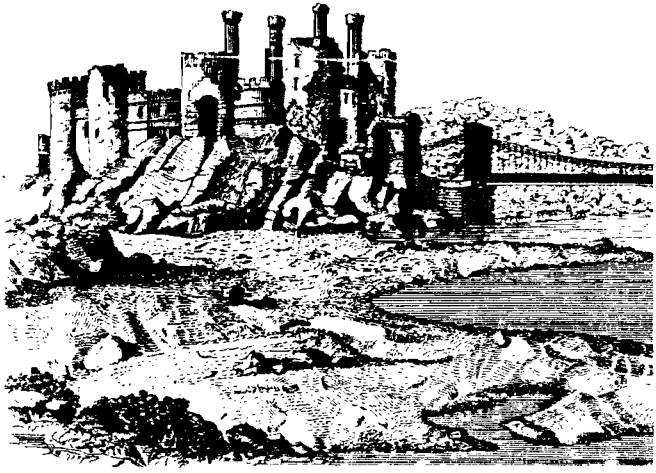
Difícilmente se da el caso de ciudades que se desarrollen fuera de esta dinámica. "El gran comercio llegó antes que el gran gobierno" afirma con razón Herthy. Las capitales heredadas del imperio, o las ciudades episcopales no son realmente excepción ya que las bases de su desarrollo radican en el comercio exterior. El Estado no estaba aún lo bastante centralizado y los gobiernos y la administración no eran lo bastante fuertes como para que la Edad Media haya podido conocer aglomeraciones urbanas del tipo de las capitales modernas o de las ciudades modernas (Anderson. Transiciones del Esclavismo al Feudalismo).

RELACIONES CAMPO-CIUDAD

A diferencia de lo sucedido en las sociedades antiguas, la Baja Edad Media se caracteriza por el dominio del campo sobre la ciudad. "Las ciudades se convierten en siervos como los labradores" (Hegel). Los oficios urbanos caen en desuso y el cambio entre las distintas regiones se ve inmensamente debilitado, pasando a dominar economías locales, cerradas en sí mismas.

Los pequeños burgos que se forman alrededor de los castillos cumplen más una función de defensa de una sociedad dominantemente agraria, que de desarrollo de formas

económicas propias. Los oficios dependen de los señores. "Ahí donde existe un burgo se asientan o son asentados artesanados para cubrir las necesidades de la hacienda señorial y las de los guerreros. El artesano se beneficia con la protección y el señor obtiene de ahí nuevos tributos" (Weber. Economía y Sociedad).



Buena parte de las ciudades heredadas del imperio han sido abandonadas y sólo sirven de refugio temporal a los campesinos de los alrededores. El burgo laico, lo mismo que la ciudad eclesiástica subsisten únicamente gracias a la tierra. No tienen ninguna actividad económica propia. Ambos corresponden a la civilización agrícola. No se oponen a ella, antes bien se podría decir que sirven para defenderla (Pirenne. Historia Económica y Social de la Edad Media).

No sabemos hasta qué punto sea dable afirmar que luego del largo domino al que se vio sujeto el campo por la ciudad durante el

imperio y que condujo, junto a otros factores, a su ruina, el campo terminó cobrándole a la ciudad su parasitismo. Lo cierto es que sin esta especie de retorno de la vida económico-social al agro, durante los largos años de la Edad Obscura, tampoco podía llegar a hablarse de un renacer como el alcanzado posteriormente por las urbes. "Una productividad del trabajo agrícola que rebase las necesidades individuales del obrero, constituye la base de toda sociedad" afirma Marx acertadamente. El resurgimiento urbano que se produce a partir del siglo X coincide, justamente, con el desarrollo de las roturaciones, la innovación de las técnicas de cultivo, el incremento de la población rural. La propia expansión del intercambio que aparentemente constituye causa independiente del resurgimiento urbano, no puede explicarse fuera de la dinámica del agro. Igual sucede con procesos posteriores: "la urbanización antecede a la industrialización" se ha dicho y esta supone a su vez la modificación de la estructura agraria. En realidad la industrialización no crea la masa de trabajadores sino que los acopla, los aglomera bajo el imperio del capital.

La dinamización de las ciudades contribuye a su vez a la expansión económica del agro, al incremento de las actividades productivas y a su orientación hacia el mercado, así como a la modificación de las propias relaciones de producción. Si la deserción de los siervos era una expresión del desarrollo de las contradicciones al interior de la sociedad agraria (Dobb), "los siervos no podían sencillamente desertar del señorío, no obstante las exigencias del amo, a menos que tuviesen a donde ir.

No cabe duda de que las ciudades que se desarrollaban rápidamente y que ofrecían libertad, empleo y mejor posición social, fueron un poderoso imán para la población rural oprimida" (Swessy en Hilton. La Transición del Feudalismo al Capitalismo).

La relación campo-ciudad se materializa en las ciudades. "La ciudad no sólo era uno de los dos pilares de la división del trabajo entre ciudad y campo que existía desde la Alta Edad Media sino que, además, era el lugar donde ella tomaba forma al realizarse el intercambio. De este modo le correspondía coordinar y organizar esa tarea mercantil resultante de la división del trabajo". (Kriedte. Feudalismo y Capital Comercial).

Las ciudades no mantienen una relación necesariamente antagónica con el campo. El nacimiento de las ciudades "obedece a una necesidad importante" sostenía Hegel. "Las ciudades representan, como la Iglesia, una reacción contra la violencia del Feudalismo, como poder en sí mismo jurídico". Pero esta afirmación, válida para un primer momento del desarrollo urbano, no lo es para todo tiempo y lugar.

Entre el campo y la ciudad se desarrolla una dinámica permanente. Los señores de la tierra alientan la formación de ciudades por los beneficios que les representan tributos y portazgos o como medio de extender y garantizar sus dominos. En ciertos casos como en el de las ciudades italianas, los señores intervienen en el comercio a larga distancia, aunque muy rara vez lo hacen de manera di-

recta. Aún para la época en que las ciudades han alcanzado su independencia, los feudales siguen buscando las formas de participar de los beneficios que acarrea la vida urbana y el comercio, pero sería equivocado identificar sin más a las ciudades con los intereses y requerimientos de los señoríos, se trata en realidad, de formas económico-sociales distintas, aunque como hemos venido señalando, no antagónicas.

Advenimiento de Carlos V en 1520

La ciudad, a su vez, trata de ampliar su influencia sobre el campo, no tanto para ejercer domino sobre la tierra, como para imponerle condiciones de intercambio a su favor. Con el desarrollo de las relaciones de intercambio, mercaderes y usureros pasan a participar de la expoliación de la población campesina y, no sólo no mantienen relaciones antagónicas con los señores, sino que tratan por todos los medios de asemejarse a ellos. Claro que esto no es del todo posible ya que se trata de prácticas sociales distintas que de un modo u otro marcan formas diferentes de mirar el

mundo que servirán de base, con el tiempo, "al orden social moderno y a la mentalidad moderna".

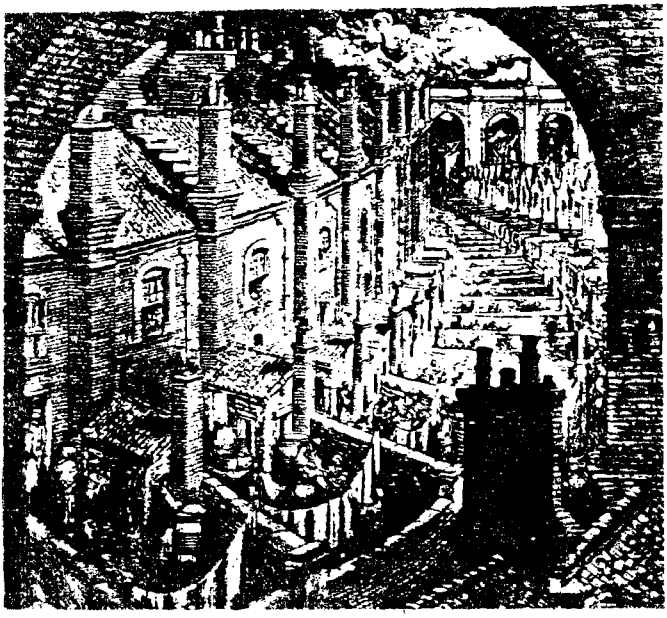
Sólo con la Revolución Industrial las ciudades pasan a subordinar al campo, a modificar todas las viejas relaciones supervivientes en él. Con el desarrollo de la industria la población urbana crece a expensas de la rural. Ya no sólo se trata de los campesinos de los alrededores, sino de migrantes provenientes de las zonas más alejadas. La gran industria va desplazando a la industria doméstica, terminando con todas las posibilidades de reproducción de la familia campesina y obligando al campesino a migrar a las grandes ciudades. El desarrollo de los medios de transporte y de las comunicaciones pone al alcance de la mano las ciudades, generando nuevos valores y necesidades.

LAS CIUDADES Y LA TRANSICION

Las ciudades cumplen un importante papel en la transición del feudalismo al capitalismo, mas no como causa o motor de ese proceso, sino como lugar donde este asume, por lo general aunque no siempre, su mayor dinamia. Y es lógico que así sea, ya que en la ciudad tienden a concentrarse las contradicciones de la vida social, mientras en el campo la tendencia es a la dispersión de las mismas.

El origen del capitalismo, bajo sus formas clásicas, implicó procesos violentos de expropiación de los pequeños productores, de concentración de los medios de producción y la riqueza en manos de la naciente burguesía, de destrucción de las bases de la propiedad

feudal y de los fundamentos de su poder ideológico y político, así como de expoliación de las colonias. Esto significó, desde la perspectiva de las estructuras ambientales, un largo y doloroso proceso de diferenciación del espacio, de ruptura de la ciudad, proceso por el cual se va poniendo el espacio urbano y rural en función de las necesidades de acumulación del capital: del desarrollo de la industria en sus distintas fases, de la reproducción de la fuerza de trabajo, de la circulación y el consumo.



Claro que no todos los que han estudiado estos procesos comparten este punto de vista. Para quienes conciben la formación del capitalismo como un proceso hasta cierto punto "idílico", la ciudad moderna se presenta, por el contrario, como la prolongación de la ciudad feudal, como el resultado de la evolución

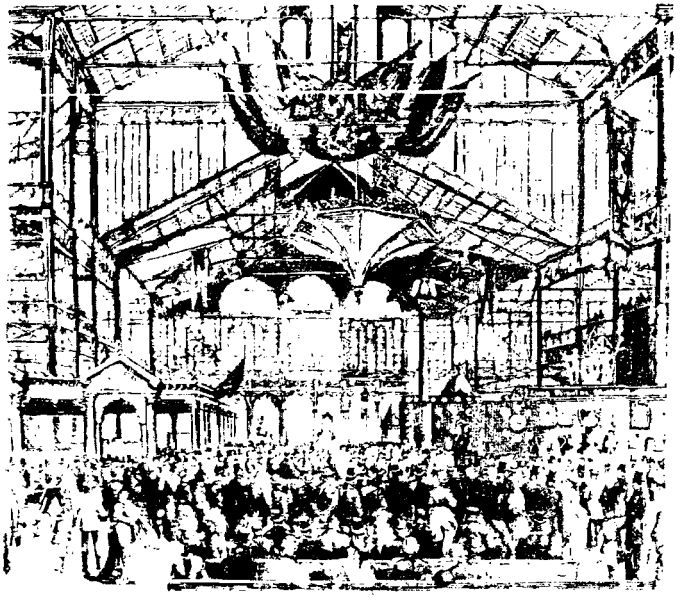
de sus formas económicas, de sus sectores sociales, de sus instituciones. El propio capitalismo tendría una base urbana y estaría sujeto a un proceso lineal de desarrollo de sus fuerzas productivas: "capitalismo y ciudad son básicamente la misma cosa" para Braudel, mientras que para Singer "el capitalismo surge en la ciudad a partir del siglo XIII y de ahí se expande al campo". Para Weber como para Pirenne la relativa autonomía alcanzada por las ciudades frente al sistema feudal, les permitió actuar como disolventes del mismo.

Estas orientaciones con respecto al origen y desarrollo de la sociedad y de la ciudad moderna, a las que Merrington califica acertadamente de "evolutivas" pretenden encontrar un principio motor que actuando desde fuera de la sociedad provoque modificaciones: el mercado urbano basado en el comercio a larga distancia actuaría como disolvente del orden feudal.

La transición al capitalismo constituye, realmente, un proceso global que abarca los distintos aspectos de la vida económica y social y cuya explicación no se encuentra fuera de la sociedad feudal sino en el desarrollo de sus propias contradicciones internas "la estructura económica de la sociedad capitalista brota de la estructura económica de la sociedad feudal al disolverse ésta" (Marx. El capital); el desarrollo del intercambio y de las actividades urbanas forman parte de este proceso pero no constituyen el único elemento del mismo.

El capital no surge como resultante de

un proceso gradual, evolutivo. Tampoco la ciudad moderna. "Ni el dinero ni las mercancías son de por si capital, como no lo son tampoco los medios de producción ni los artículos de consumo. Necesitan convertirse en capital y para ello han de concurrir una serie de circunstancias concretas. . ." (Marx).



Filadelfia, un interior de la Exposición universal de 1876

El dinero, la ampliación del intercambio, contribuyen a corroer el orden feudal, en la medida en que dimensionan sus contradicciones internas; más este proceso no tiene explicación fuera del desarrollo de las contradicciones de base, desarrollo que conduce no sólo a la exacerbación del sistema, sino a la modificación de las relaciones sociales de producción, y esto afecta tanto al campo como a las ciudades. Para que el capitalismo exista como formación histórico social han de enfrentarse

y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte los propietarios del dinero, medios de producción y artículos de consumo, deseosos de valorizar la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; de otra parte, los obreros libres, libres en el doble sentido, de que no figuran directamente entre los medios de producción ni cuentan con medios de producción propios. (Marx. El Capital).

Las ciudades y los sectores que en torno a la usura y al mercado se desarrollan en ellas, no son de por sí antagónicas al orden feudal. Sus formas de organización corporativas, esconden muchas veces, un sistema de castas y privilegios, de contenido similar al de los feudos. Comerciantes y usureros estuvieron del lado de los terratenientes feudales en muchas de las sublevaciones campesinas; de hecho, estos sectores extorsionaban también al campesinado y participaban de la renta extraída a éste por el señor feudal. El capital usurario arruina al campesino y lo somete sin por ello romper con los lazos que, antes, lo ataban al señor de la tierra, pero el capital usurario puede, por lo mismo coexistir con las formas feudales de apropiación y tenencia de riquezas (Labastida. De Descartes a Marx).

El desarrollo de las ciudades europeas, en el período de formación del capitalismo, se asentó tanto en la negación de las formas serviles como en su afirmación. "Mientras la renta siguió siendo la forma fundamental de apropiación del excedente y el capital se mantuvo al margen del proceso productivo, los intereses de la burguesía urbana convergían ob-

jetivamente con los de la explotación del campo, de ahí las constantes entregas de la burguesía al viejo orden" (Hilton. La transición...)

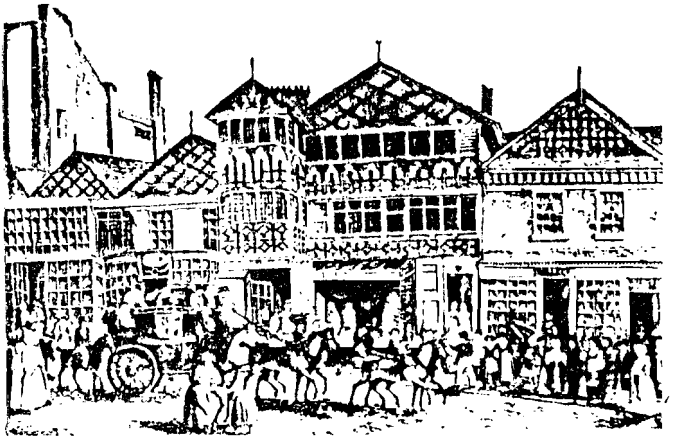
El capitalismo se fue abriendo paso a lo largo de varios siglos en un medio social no capitalista. En medio de los señoríos y de los privilegios gremiales urbanos, y luego, "desaparecido el feudalismo, un medio en el que predomina la agricultura campesina y el artesanado, es decir la producción simple de mercancías, lo mismo en la agricultura que en la industria. Aparte de esto, rodea al capitalismo europeo una enorme zona de culturas no europeas que ofrece toda la escala de grados de evolución". (Rosa Luxemburgo. La acumulación del capital). Claro que estas formas no capitalistas, propias de Asia, Africa y América Latina, necesitan ser violentadas para que el capitalismo pueda extender su dominio.

La formación de las clases en la sociedad moderna constituye un proceso por demás crudo a través del cual los antiguos poseedores de medios de producción y riqueza, tanto señores feudales como antiguos maestros de gremios se ven desalojados, mientras que, por otra parte, los trabajadores recien emancipados de la servidumbre y de la coacción gremial, se ven despojados de sus medios de producción y de todas las garantías de vida que las viejas instituciones feudales les aseguraban y convertidos en vendedores de su fuerza de trabajo. El desarrollo del intercambio y de la economía urbana no constituyen factores externos a este proceso sino elementos dentro del mismo. Así, por ejemplo, no se produce una evolución lineal de los oficios a la manu-

factura, y de ahí a la gran industria. El proceso por demás lento de diferenciación de los oficios sólo toma forma con la intervención del capital comercial, y el ámbito de acumulación de ese capital es ya territorial. Igual sucede con la industria fabril cuya base de reproducción está lejos de ser sólo urbana y abarca ya un espacio mundial.

DE LA ECONOMIA URBANA A LA ECONOMIA TERRITORIAL

En la base del proceso de formación de espacios nacionales se halla el desarrollo del mercado interno, aunque éste no constituye el único factor, ni mucho menos. Este desarrollo permite organizar, por primera vez, una auténtica división territorial del trabajo y articular las distintas regiones a ese sistema. La formación de un espacio nacional se ve dinamizada con el desarrollo del capital comercial y con el paso de la pequeña producción a la manufactura que este conlleva, pero sólo toma formas definidas con la moderna industria.



Las economías cerradas, de carácter regional, se abren a espacios económicos mucho más amplios, de los cuales pasan a formar parte. Hacia el siglo XVIII eso ha sucedido con la mayoría de ciudades y zonas agrícolas europeas. La relación entre las distintas zonas se establece a través de mercados más amplios y se ha hecho mucho más regular, pero encuentra límites estructurales a su desarrollo. En realidad, los hombres no llegan tan lejos como las mercaderías. Las ciudades se encuentran todavía escasamente comunicadas, los medios de transporte se desarrollan muy lentamente. Es que todo ese proceso de integración territorial se mueve a instancias de los mercaderes, sus principales beneficiarios, los cuales ven en la mantención de las condiciones señaladas la mejor garantía para la reproducción de sus privilegios. El intercambio es, básicamente, suntuario y las ganancias monopólicas. No se trata de ampliar el mercado, sino de estar en capacidad de controlarlo. No interesa tanto revolucionar la producción urbana, como subordinarla al mercado. Las ganancias provienen más de la transferencia de riquezas que de la creación de valor, por eso tampoco interesa mayormente modificar las relaciones en el agro.

Es cierto que las ciudades no habían dejado de cambiar, pero aún estaban lejanos los días de las grandes transformaciones urbanas. El incremento de la riqueza de los mercaderes, banqueros y de los grandes señores de la tierra, incorporados al mercado, contrasta con la miseria de los pequeños productores arruinados y de las nacientes masas proletarias. Algunas ciudades se habían convertido en asiento de

monarquías absolutas y hallaban en la magnificencia de sus palacios y alamedas y en el parasitismo de la vida cortesana, la mejor forma de expresar el poderío de los estados. Los estados absolutistas "habían disciplinado a las ciudades con violencia o sin ella". A su vez en las ciudades tomaban forma esos estados. "Las ciudades grandes tenían sus defectos y sus méritos. Ellas crearon al Estado Moderno como fueron creados por él: los mercados nacionales crecieron bajo su impulso, así como las naciones mismas" (Braudel).

Las monarquías buscan incorporar la economía señorial al mercado. Bajo sus instancias se ha desarrollado, además, una pujante burguesía mercantil cuyos intereses han rebasado las mesquinas necesidades de tal o cual localidad. El régimen político de la monarquía absoluta es tan solo una nueva forma política necesaria al mantenimiento del dominio feudal, en un período de desarrollo de la eco-

nomía de mercado (Hill). Mercaderes y aristócratas confunden sus intereses y eso se manifiesta en las ciudades, en las formas de vida cuotidiana, en la arquitectura.

Las ciudades, por otra parte, se han visto subordiandas en sus intereses, "les fue quitada a las ciudades la autonomía en materia militar, judicial y artesanal, por lo general nada se cambió con ello de los antiguos derechos en materia formal, pero en realidad las ciudades han sido despojadas en la época moderna de su libertad, exactamente lo mismo que en la antigüedad con el establecimiento del dominio romano" (Weber).

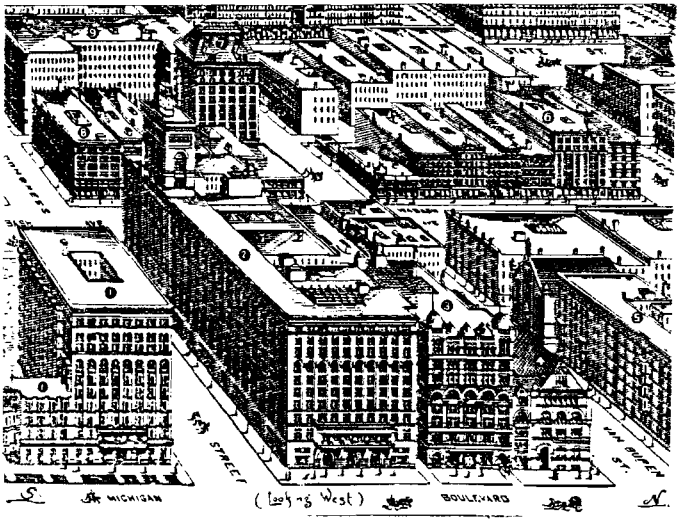
EL DESARROLLO DE LA INDUSTRIA Y LAS CIUDADES

La diferenciación campo-ciudad pasa por distintos momentos cada uno de los cuales se halla ligado, de un modo u otro, a las distintas fases por las que atraviesa la industria en su desarrollo.

Bajo las formas de economía natural las labores industriosas en las que se ocupan los hombres apenas se diferencian de las agrícolas, ya sea que se materialicen en productos destinados al propio consumo de la familia campesina o de la comunidad aldeana, o que sean entregados en forma de renta a los señores de la tierra.

Sólo con el renacer de las ciudades, en la Alta Edad Media, los oficios comienzan a desarrollarse como actividades propiamente ur-

banas, espacialmente diferenciadas de las del campo. Esto no excluye la reproducción de ocupaciones similares en las aldeas "como complementos de la economía campesina", o que ciertas actividades productivas como la metalurgia y la minería deban asentarse necesariamente en el campo, pero no cabe duda de que es en los asentamientos urbanos donde los oficios encuentran las condiciones más favorables. El carácter corporativo que asumen las ciudades les protege, de algún modo, de los abusos de los señores. El aire que en ellas se respira es, en este sentido, "aire de libertad", pero de una libertad que supone, como toda libertad, una serie de restricciones.



No es tanto la reglamentación gremial como el carácter mismo "mezquino, limitado" de la producción de oficios, lo que explica las particularidades de las ciudades del me-

dioevo. "Los medios de trabajo individuales, destinados al uso individual, y por tanto necesariamente mezquinos, limitados", marcan el ritmo de la vida urbana. Una vida casi tan rutinaria como la del campo, en la cual el horizonte intelectual de los hombres apenas alcanza un ámbito mayor del alcanzado por los productos de sus manos, y estos no llegan muy lejos, la producción restringida: apenas logra cubrir los requerimientos de la ciudad y del campo circundante.

Por lo general, productor y consumidor mantienen en esas ciudades una relación directa (y todos son de algún modo lo uno y lo otro), una relación en la que casi no media el mercado; buena parte de los productos son encargados directamente por el cliente en el taller, y otra es comprada en las pequeñas ferias locales. Los hombres se encuentran frecuentemente y confunden sus espacios, los lugares destinados a la producción no se diferencian de los de vivienda, las partes bajas de las casas de habitación sirven generalmente de talleres, de centros de acopio y de lugares de expendio. Las estrechas bases sobre las cuales se desarrolla la producción de oficios no da lugar, tampoco, a una diferenciación mayor entre los productores. El oficial y el aprendiz, reclutados muchas veces entre los propios familiares, conviven con el maestro, con quién mantienen relaciones estrechas, patriarcales. Pero esas relaciones aparentemente idílicas esconden, por lo general, sus propias miserias.

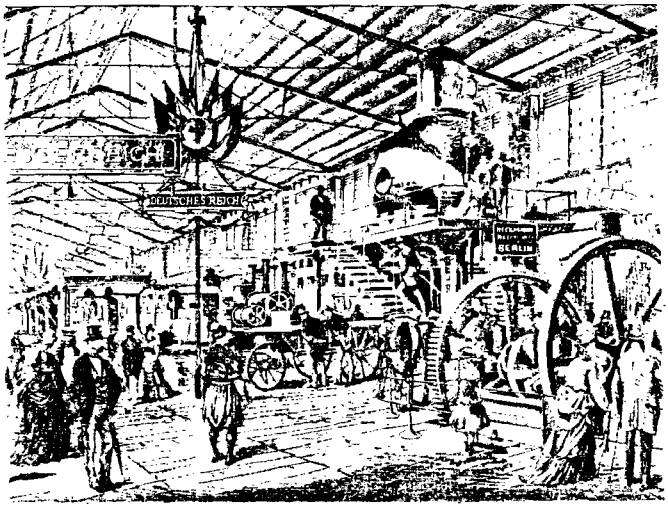
Tampoco todos los hombres acceden a los derechos y privilegios urbanos. De algún modo los hombres se diferencian por su fecha

de llegada a la ciudad (Engels) y muchos —la plebe— están desde temprano excluidos de otra opción de vida que no sean los oficios bajos, los que no requieren de agremiación. También quedan algunos señores en las ciudades o mantienen sus palacetes a los que llegan de tarde en tarde, pero nada marca la vida de las ciudades en la Alta Edad Media, como en la rutina y estrechez a la que por sus formas productivas se ven sujetas.

Conocidas son las formas como los gremios se fueron transformando de factores favorables al progreso en verdaderas trabas al mismo. Las agrupaciones gremiales hacen de cada oficio "un secreto de aldea", se oponen a la relación de cada ciudad con el resto, al desarrollo del mercado, a la integración territorial. El pequeño productor de mercancías requiere del monopolio de la producción y de su región. La ampliación del mercado atenta a sus bases productivas (Lenin. Desarrollo del Capitalismo en Rusia).

El desarrollo de las relaciones de intercambio obligaba a romper con el monopolio de los gremios sobre la producción y la venta, y subordinar, al mismo tiempo, la actividad artesanal a los requerimientos mercantiles. Para cumplir con este cometido el capital comercial acude a los pequeños productores de las aldeas y de las ciudades menores en las que, o no existe organización gremial o ésta es sumamente débil. El capitalismo comienza en el campo y no en la ciudad, se ha dicho, en una clara referencia a la industria a domicilio; el capitalismo constituye, en realidad, un fenómeno mucho más complejo que abarca tan-

to al campo como a la ciudad. La industria a domicilio supone tanto el desarrollo del capital comercial cuyo asiento es básicamente urbano, como de modificaciones en el agro; de una masa campesina semi-arruinada que sin tener ya cabida en las ciudades encuentra, en la combinación de las actividades agrícolas con las industriosas, una posibilidad de supervivencia.



Los mercaderes organizan, además, talleres clandestinos en los arrabales de la ciudad con aquellos productores de oficio marginados por los gremios y, con el tiempo, cuando la organización gremial se debilita, dan paso a la formación de los primeros talleres manufactureros, talleres que se organizan de una manera ya típicamente capitalista. La manufactura supone, como se sabe, condiciones especiales distintas a las de los oficios, condiciones que rebasan la simple relación campo-ciudad, que abarcan ámbitos mucho más amplios. "Esporádicamente puede desarrollarse

la manufactura en un marco que corresponde a un período históricamente distinto, por ejemplo en las ciudades italianas" se dice en los Grundisse, y se añade: "pero como forma generalizada predominante de una época, las condiciones para el capitalismo deben estar desarrolladas no solo localmente sino en gran escala".

La manufactura supone espacialmente, además, la concentración de decenas de productores individuales, dispersos en unos cuantos lugares de trabajo y la división del trabajo al interior de cada empresa. La concentración espacial por sí sola significa un avance en las fuerzas productivas, avance del cual el capital es el principal beneficiario. Claro que la base artesanal de las manufacturas permite reproducir en todas partes, sobre todo en los lugares más alejados de las grandes ciudades, el pequeño taller individual. Sólo con la producción fabril se logrará "concentrar y desarrollar realmente estos mezquinos y dispersos medios de producción, transformándolos en las potentes palancas productoras de los tiempos actuales (Engels. Socialismo Utópico, Socialismo Científico).

BIBLIOGRAFIA CITADA

ANDERSON, Perry. *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, México, Siglo XXI, 1984.

BLOCH, Marc. *La historia rural francesa*, Barcelona, Grijalbo, 1978.

BRAUDEL, F. *Civilización material y capitalismo*, Barcelona, Edit. Labor, 1974.

DOBB, Maurice. *Estudios sobre el desarrollo de capitalismo*, México, Siglo XXI, 1979.

ENGELS, F. "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", en: Marx Engels. *Obras escogidas* en dos Tomos, Moscú, Edit. Progreso, 1973.

"Del socialismo utópico al socialismo científico", en: Marx Engels. *Obras escogidas* en dos Tomos, Moscú, Edit. Progreso, 1973.

GODELIER, Maurice. *Las sociedades precapitalistas*. México, Quinto Sol, 1978.

HEGEL. *Lecciones sobre la Filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Edit. 1982.

HILTON y otros. *La transición del Feudalismo al Capitalismo*, Bogotá, Ed. Latina, 1971.

HOBSBAWN, Eric. *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*. México, Siglo XXI, 1978.

HILL, Christopher. *Los orígenes intelectuales de la Revolución Inglesa*, Barcelona, Edit. Crítica, 1980.

KORN, Arthur. *La historia construye la ciudad.* Buenos Aires, Eudeba, 1956.

LABASTIDA. *De Descartes a Marx*, México, Siglo XXI.

LUXEMBURGO, Rosa. *La acumulación del capital*, México, Grijalbo, 1967.

MARX, Carlos. *El Capital.* México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

MARX, Carlos. *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía Política* (borrador) 1957-1858 (grundisse), Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

MUMFORD, L. *La ciudad en la historia*, Buenos Aires, Ed. Infinito, s.f.

LENIN. *Desarrollo del Capitalismo en Rusia.* Medellín, Oveja Negra, 1974.

PIRENNE. *Historia económica y social de la edad media.* México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

POUNDS, N. *Historia económica de la Europa Medieval*, Barcelona, Edit. Crítica, 1981.

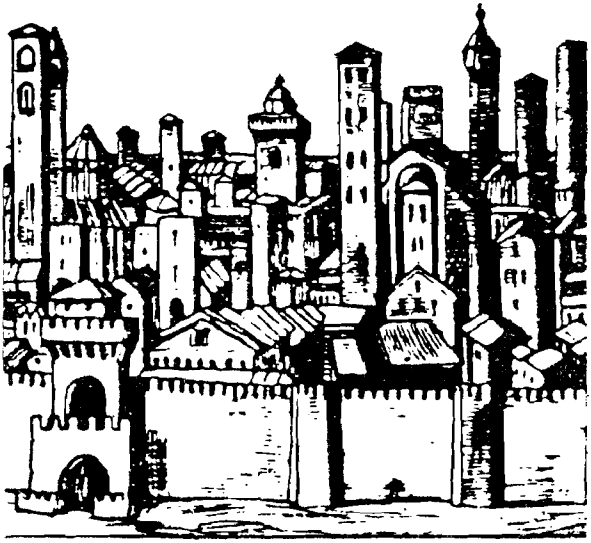
ROMERO, José Luis. *La revolución burguesa en el mundo feudal.* México, Siglo XXI, 1967.

WEBER, Max. *Historia Económica General*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1974.

WEBER, Max. *Economía y sociedad*, Vol. I y II, México, Fondo de Cultrua Económica, 1977.

MODO DE PRODUCCION Y URBANIZACION

Gustavo Garza



ADVERTENCIA

El texto que aquí se presenta forma parte de un trabajo mayor sobre El proceso de industrialización en la Ciudad de México entre 1821 y 1970, publicado por El Colegio de México en 1985. La claridad y precisión con que el autor trata la relación entre lo urbano social y el desarrollo histórico social nos ha llevado a reproducirlo como aporte a la investigación y a la enseñanza.

El proceso de producción, distribución y consumo de mercancías tiene una dimension espacial que constituye el nexo entre el modo de producción y el proceso de urbanización.

El estudio de la relación entre ambos procesos está aún en sus albores y corresponderá a futuras investigaciones aclarar sus vínculos esenciales. Para los objetivos de este trabajo es, sin embargo, importante presentar un bosquejo del enlace entre el modo de producción y la urbanización con base en los siguientes propósitos específicos: i) aclarar la naturaleza del proceso de urbanización; ii) explicar su correspondencia con el desarrollo económico y la industrialización; y, iii) analizar esquemáticamente el desarrollo histórico de las ciudades para señalar sus peculiaridades espaciales según los principales modos de producción.

Las limitaciones de tiempo y de conocimientos del que esto escribe, aunados a la complejidad del tema tratado, explican el carácter preliminar de los planteamientos desarrollados.

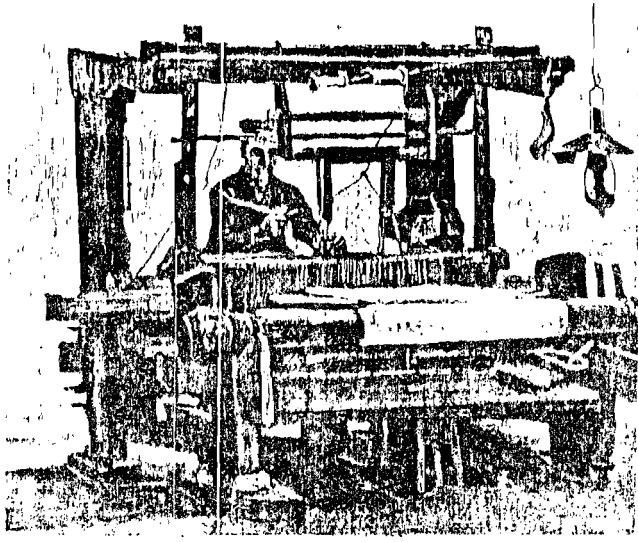
Sobre el modo de producción

En general, el estudio de un modo de producción no se puede realizar *como si fuera puro*, pues atraviesa una serie de etapas con características diferentes, aunque no cambie en su esencia.

Para el análisis de los rasgos espaciales de un modo de producción se requeriría, por ende, identificar sus etapas principales para ver si presentan características espaciales diferentes. El capitalismo, que es la formación social más estudiada, se divide usualmente en sus fases de competencia, monopólica e imperialista que, a su vez, también se pueden subdividir(1).

(1) Mandel señala en este sentido, que la etapa actual del capitalismo, "capitalismo tardío", no es una fase, sino el desarrollo del capitalismo imperialista (Mandel, 1972:10).

Marx hizo una diferencia entre la categoría modo de producción y la de formación económico-social. A pesar de las ambigüedades que esta separación presenta, se suele considerar metodológicamente más correcto realizar el estudio concreto de una sociedad con base en el concepto de formación económico-social, que significa ". . .la unidad (y añadiríamos la *totalidad*) de las diversas esferas económicas, sociales, políticas, culturales de la vida de una sociedad, y también, lo que es más, lo hace dentro de la continuidad y, al mismo tiempo, de la discontinuidad de su desarrollo histórico" (Sereni, 1973:38). Esta categoría, por tanto, manifiesta como proceso, como realidad dinámica, la totalidad caracterizada por el modo de producción y el conjunto de superestructuras que determina.



Para propósitos de este capítulo se considera, no obstante lo anterior, el modo de producción en su "forma pura" porque interesa

determinar si a cada modo de producción le corresponde un proceso de urbanización con características propias y generales que estén presentes en las diferentes "formaciones económico-sociales" que le son propias.

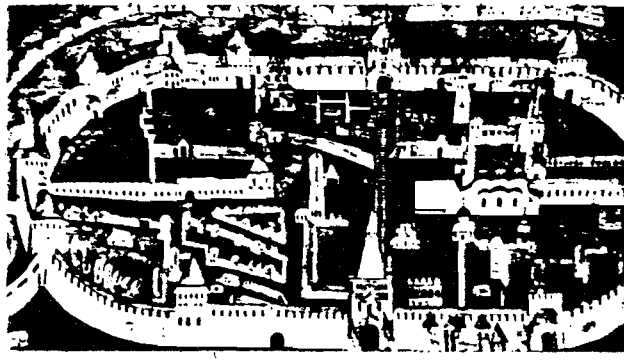
El modo de producción ha sido, a partir de Marx, el punto de partida básico para analizar el conjunto de los fenómenos de la sociedad. La unidad de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción fueron estatuidas en forma de categoría abstracta, a partir de la cual es posible entender el fundamento interno, los nexos, la unidad de los fenómenos y objetos, las causas y, en general, la ley que rige a todos los elementos que intervienen en el proceso productivo.

A partir de la categoría modo de producción, por ende, se plantea un esquema de su relación con la urbanización. Se introducen algunas consideraciones sobre los nexos entre ambos conceptos y la naturaleza de la urbanización de la sociedad.

La historia registra cinco modos de producción puros que se han sucedido desde los albores de la humanidad: producción comunista primitiva, esclavista, feudal, capitalista y socialista. En el punto 4 del presente capítulo se considera la relación de cada uno con el proceso de urbanización. La naturaleza de este último, por su parte, dista mucho de estar completamente entendida y existen importantes diferencias de opinión respecto a su origen y definición.

Origen y definición de la urbanización

El origen remoto de la ciudad y su relación con la urbanización ha dado lugar a muy diferentes puntos de vista sobre el período histórico en que surgió(2). Mas aún, algunos especialistas señalan el nacimiento de la urbanización antes de la aparición de ciudades propiamente dichas, en el momento de que el hombre primitivo se junta en grupos: "En cuanto estos grupos fueron aumentando en tamaño, como algunos deben haberlo hecho, la urbanización se fue formando, aunque no hubiera todavía ciudades en ningún sentido de la palabra, ni aún villas" (Eldridge, 1963:340). Por otro lado, se sostiene que la urbanización apareció con las ciudades, ya que, "al aumentar la oferta de productos agrícolas y al facilitarse su transporte (. . .) se estimuló el desarrollo social y tecnológico y, consecuentemente, la urbanización" (Sjoberg, 1960:27).



(2) Se dejará de lado la polémica sobre el concepto de ciudad. Sin entrar en esta discusión, se consideran como urbanas aquellas localidades cuya población se dedica a actividades económicas no-agrícolas, que poseen una densidad y tamaño considerable, y que están establecidas en forma permanente.

Otros especialistas señalan que no hay que confundir la existencia de ciudades con el proceso de urbanización y que aquellas son una condición necesaria pero no suficiente para que ésta se produzca. Adna F. Weber afirma que la gran concentración de población en los países más desarrollados ocurrida en los últimos 50 o 100 años, es un fenómeno que debe ser deslindado cuidadosamente del crecimiento de las ciudades como mero acompañamiento del aumento general de población (A.F. Weber, 1899:155). Desde este punto de vista, el proceso de urbanización es un producto de la revolución industrial derivado del cambio que produjo en la estructura económica de los países en favor de las actividades industriales, comerciales y de servicios, que por su naturaleza se desarrollan en ciudades(3).

La definición de urbanización de Eldridge considera que su origen es simultáneo al surgimiento de las ciudades. Para este autor la urbanización es: "Un proceso de concentración de la población, que se da de dos formas: con la multiplicación de los puntos de concentración y con el aumento de tamaño de las concentraciones existentes" (Eldridge, 1963: 338). Además la definición presenta un carácter dinámico, pues afirma que puede no haber urbanización aunque existan muchas ciudades, ya que si éstas no crecen y no surgen nuevas, no se da la urbanización como *proceso*. El autor señala que no ignora los efectos concomitantes de la urbanización, pero no hay que confundirlos con ésta, pues todos ellos pue-

(3) Esta posición es compartida por Davies (1969), Quintero (1964), Breese (1966) y Hauser (1965), entre otros.

den cambiar y el único criterio consistente es el demográfico; además, es necesario diferenciar al proceso de *civilización* del de *urbanización:* "Hay civilizaciones pero solamente una urbanización" (Eldridge, 1963:340). De esta forma, no acepta que la urbanización modifique a la estructura social; más bien el *cambio social* determina el curso de la urbanización.

Eldridge afirma que cuando la agricultura se convierte en permanente surge la urbanización, por lo que ubica su aparición a fines del período neolítico, esto es, alrededor de 3.000 años antes de nuestra era.

Algunos autores consideran errónea la definición de urbanización de Eldridge porque enfatiza su manifestación más visible y superficial, esto es, el aumento en el número y tamaño de las localidades urbanas. De esta manera, se dice, es tautológica y ahistórica, como se verá más adelante. En este trabajo se coincide con Eldridge en la necesidad de separar a la urbanización de otros procesos de cambio más importantes que la anteceden y en que tuvo su origen con la apropiación de un excedente agrícola por parte de las ciudades que se dedicaban a producir bienes no agrícolas. No obstante, la definición tiende a ser vaga y ambigua pues no permite distinguir las diferencias de urbanización entre países o regiones. La India, por ejemplo, tiene mayor número de habitantes en ciudades que se multiplican y crecen más rápido que las de países como Holanda y Bélgica, aunque evidentemente no es más urbanizada.

El concepto de urbanización que la seña-

la como un proceso "nuevo" en la historia de la humanidad, que se remontaría sólo a unos 200 años (al surgimiento de la revolución industrial), la define simplemente como "un aumento de la razón entre población urbana y población total" (Browning, 1967:72). Según esta definición la urbanización es función tanto de la población rural como de la urbana; es ampliamente usada pues permite hacer fáciles comparaciones de los "niveles" de urbanización(4). Los autores que la aceptan hacen una diferencia entre la urbanización y la existencia de ciudades. Para que ocurra la urbanización es necesario que éstas posean una dinámica de crecimiento mayor que la de la población total; esto es, que exista un proceso de migración campo-ciudad.

Las dos definiciones expuestas presentan una notable diferencia. Mientras en la de Eldridge la urbanización es tan antigua como la humanidad misma, en la segunda es un fenó-

(4) Se entiende por "nivel" de urbanización la magnitud alcanzada por la población urbana. Puede medirse por indicadores diversos, siendo el más sencillo el porciento de la población urbana respecto a la total (Unikel, Ruiz y Garza, 1976:33).

meno relativamente nuevo que se inicia en el siglo XVIII por lo que presenta un mayor grado de relatividad histórica.

Para aclarar esta confusa situación, en el punto 4 de este capítulo se analiza la urbanización en los diferentes modos de producción para poder diferenciar sus rasgos esenciales de sus peculiaridades históricas.

A las dos definiciones anteriores se les critica que sólo consideran el aspecto demográfico y no toman en cuenta a la urbanización como proceso global de cambio que modifica otras estructuras de la sociedad(5). Así la urbanización ocurre junto con otros procesos y su estricta consideración demográfico-ecológica es superficial. Por tanto, se requiere considerarla como un proceso multidimensional que incluye: i) urbanización de la estructura económica; ii) urbanización de la estructura social; iii) urbanización de la estructura

(5) En este contexto Aníbal Quijano la explica como: ". . .la expansión y la modificación de los sectores urbanos ya existentes en la sociedad. . . Estas tendencias no se producen solamente en el orden ecológico demográfico, sino en cada uno de los varios órdenes institucionales en que puede ser analizada la estructura total de la sociedad, v. gr., económico, ecológico-demográfico, social, cultural y político" (Quijano, 1968: 525). En forma parecida John Friedmann la define como: ". . . para ser más preciso, la urbanización se refiere al proceso que: i) Da origen a una ciudad, como una matriz ecológica básica para la vida social y la producción y la lleva a su expansión y multiplicación y, finalmente, a su transformación en el espacio. ii) Da origen a estructuras urbanas sociales y estilos de vida, incorpora segmentos cada vez mayores de la población en estas estructuras y promueve su transformación en organizaciones siempre nuevas" (Friedmann, 1967:1).

demográfico-ecológica; iv) urbanización de la estructura sociológico-cultural y v) urbanización de la estructura política (Quijano, 1967: 675).

Contrastando esta definición que pretende introducir la "esencia del fenómeno, con el concepto de desarrollo económico se observa que ambos procesos supuestamente modifican a las superestructuras de la sociedad siendo, por ende, multidimensionales.

En efecto, el desarrollo de las fuerzas productivas ". . . trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal superestructura", que había tenido como base real el conjunto de relaciones de producción (Marx, 1970:12). El nexo entre la base económica de la sociedad y las superestructuras que se levantan sobre ésta, sin embargo, no se ajusta a un determinismo económico lineal, sino a una relación que se invierte: "El efecto se transforma en causa, el hecho histórico que se transforma en factor de la historia, constituye siempre la esencia del proceso" (Mondolfo, 1956:265).

Para aclarar la influencia del desarrollo económico y la urbanización sobre las superestructuras sociales se puede partir de dos posibilidades: que uno de los procesos "cause" o "condicione" al otro y que, por lo tanto sea el elemento esencial en los cambios en la superestructura; o que aunque se interactúen mutuamente influyan *independientemente* sobre el conjunto de superestructuras. Esto es, que tanto la urbanización como el desarrollo económico modifiquen la superestructura po-

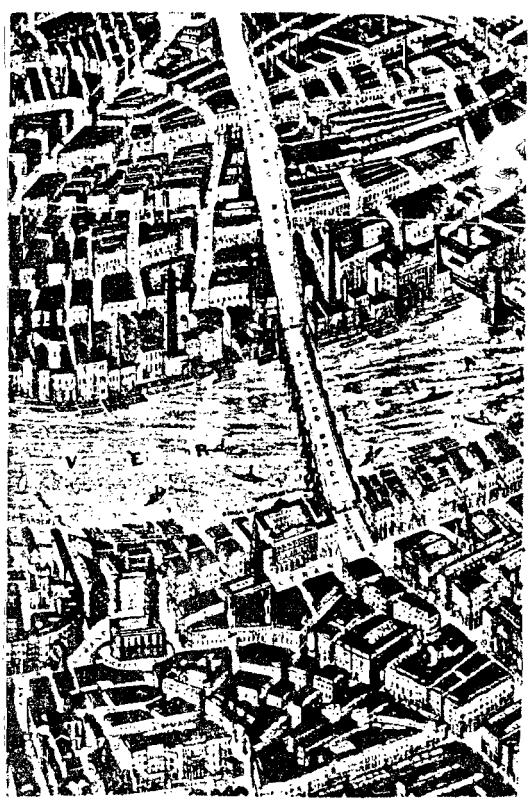
lítica, ideológica, religiosa, jurídica y sociológica. Para aclarar este punto es necesario analizar las relaciones de causalidad entre ambos procesos.

Desarrollo económico, industrialización y urbanización

Existe una maraña de equívocos respecto a los nexos de causalidad entre el desarrollo económico y la urbanización. Esto se ha acentuado porque el primero se da fundamentalmente vía industrialización, por lo que la relación desarrollo-urbanización se convierte en una relación triple: desarrollo-industrialización-urbanización. Los especialistas no han llegado a ponerse de acuerdo sobre la naturaleza de las relaciones de dichos procesos. Generalmente se acepta que ". . .el desarrollo económico sin industrialización es inconcebible" (Higgins, 1966:5); aunque las relaciones entre la industrialización y la urbanización sean menos claras: "Más particularmente, la industrialización ha sido comúnmente tomada como la fuerza que origina las grandes aglomeraciones urbanas" (Schonore, 1961:220) ". . .es menos claro que la urbanización sea imposible sin la industrialización" (Higgins, 1966:11); "Aunque la industrialización y la urbanización van generalmente de la mano no hay una conexión necesaria entre los dos procesos (Hoselitz, 1955:167). De estas afirmaciones se desprende que el desarrollo económico ocurre inevitablemente con la industrialización, pero no existe acuerdo sobre si esta última se relaciona necesariamente con la urbanización y, por ende, sobre la relación desarrollo económico-urbanización (véase también Davis y

Golden, 1954 y Hauser, 1962).

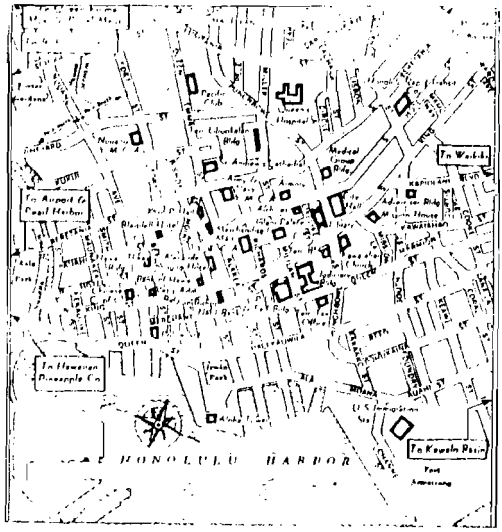
El análisis marxista contemporáneo sobre lo urbano-regional se orienta fundamentalmente a estudiar la relación del modo de producción con la estructura general del espacio, el proceso de producción de la ciudad en tanto tejido urbano construido y los grupos sociales urbanos (Poche, 1975; Lipietz, 1979; Faudy-Brenac y Moreav, 1973; Castells, 1974, etcétera). Hasta donde se sabe, sin embargo, poco se ha avanzado en la comprensión de las relaciones entre los procesos desarrollo económico, la industrialización y la urbanización.



Manuel Castells sólo menciona el problema señalando que "el análisis de la urbanización va estrechamente ligado a la problemática del *desarrollo* (. . .). La noción de *desarrollo* produce la misma confusión al remitir, a un tiempo, a un nivel (técnico, económico) y a un proceso (transformación cualitativa de las estructuras sociales que permiten un acrecentamiento del potencial de las fuerzas productivas)" (Castells, 1976:26).

Henri Lefebvre, por su parte, estudia las relaciones existentes entre la industria y la urbanización a partir de la ciudad pre-capitalista. Indica la "pujante realidad" de la ciudad medieval que fue principalmente comercial, artesanal y bancaria, a diferencia de las ciudades oriental y antigua, esencialmente políticas. Al inicio del capitalismo competitivo, ". . . la industria naciente tiende a implantarse fuera de las ciudades", por su requerimiento de fuentes de energía, materias primas y de reservas de mano de obra. Tan pronto como el desarrollo tecnológico permitió romper la fijación geográfica, se modificó el patrón inicial de localización y la industria pudo establecerse en los centros urbanos feudales que constituían el mercado, la fuente de capital, la residencia de burgueses y dirigentes, la reserva de mano de obra y la concentración de medios de producción en general. De esta forma, las ciudades desempeñaron un importante papel en el desarrollo de la industria y permitieron una mayor movilidad de localización a las empresas. Sin embargo, "a partir de entonces la industria produciría sus propios centros urbanos. . .", prescindiendo de la ciudad antigua. Lefebvre concluye que la industrialización y

la urbanización constituyen un *proceso dialéctico doble e inseparable* que ". . . dista de ser esclarecido y, paralelamente, dista de estar terminado" (Lefebvre, 1969:18-24).



Modo de producción urbanización y surgimiento histórico de las ciudades

Culaquier intento de aclarar la relación entre la industrialización y la urbanización deberá partir de un análisis histórico de la relación general entre el modo de producción y el proceso de urbanización. No se pretende realizar un estudio exhaustivo de esta conexión; únicamente se presentarán algunas de sus características esenciales según se deriven del siguiente análisis del desarrollo histórico de las ciudades.

a) **Producción primitiva sin urbanización**

Bajo diversas modalidades, el modo de

producción comunista primitivo representó el período más largo de la historia de la humanidad (mucho más de 100 mil años)(6). Su extensión podría situarse abarcando desde la horda primitiva, en los inicios de la evolución del hombre, hasta finales del neolítico, alrededor del año 3000 a.C., cuando empezó el período de transición al esclavismo. Su característica esencial fue la propiedad colectiva sobre los medios de producción y el casi nulo desarrollo de las fuerzas productivas. Este modo de producción se presentó bajo la forma germánica, asiática, rumana y antigua clásica (Marx, 1971:433-477).

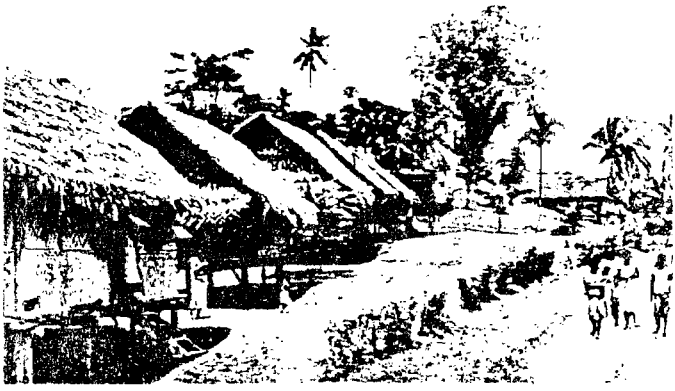
Durante el paleolítico el hombre satisfacía sus necesidades básicas por medio de la recolección de alimentos y la caza. En estas condiciones, aunque logró reunirse en pequeños grupos sociales, le era imposible vivir en asentamientos permanentes con mayor cantidad de población debido a que se requerían grandes extensiones de tierra para obtener la ali-

---

(6) Este número de años se apunta únicamente para dar una idea general de la duración del modo de producción comunista primitivo. Se es consciente de la arbitrariedad de tal cifra pues las etapas de periodización del desarrollo de la humanidad carecen de significado cronológico absoluto tal como la periodización geológica del planeta. De Esta forma no se puede hablar de la edad de piedra (paleolítico, mesolítico y neolítico), sino de una edad de piedra en Inglaterra, en la parte templada de Europa, etc. y ésta aún existe en algunas partes del planeta, como Nueva Guinea. Por lo tanto, el "mucho más de 100 mil años" se podría especificar señalando que la duración puede ser de entre 100 y 500 mil años para la parte de Europa, Asia y ciertas regiones de América, según las diferentes fechas en que se haya iniciado y las sociedades en que se manifestó (Childe, 1964; cap. II).

mentación necesaria para cada individuo(7).

Sin embargo, en la forma clásica y asiática la aparición de la *aldea*, localidad donde la mayoría de sus habitantes viven en forma más o menos permanente pero siguen dedicados a las actividades primarias, significó un primer paso hacia la aparición de la ciudad. Esta difiere de la aldea en que la mayoría de sus habitantes se ocupan de actividades no agropecuarias, como administración, religión y producción artesanal. En general, a finales del comunismo primitivo aparecieron los rudimentos de la sociedad urbana propiamente dicha, pues en su última etapa la ciudad fue utilizada como residencia central de las tribus (Engels, 1891:143).



El desarrollo de las fuerzas productivas hacia el final del estadio primitivo, permitió la producción de más bienes que los necesarios para el sostenimiento de cada individuo. El aumento de los medios de producción condu-

(7) La caza y la recolección de alimentos mantenía a menos de diez personas por milla cuadrada (Mumford, 1961:10).

jo a su vez al incremento del número de trabajadores requeridos por lo que ". . . era ya conveniente conseguir más fuerza de trabajo, y la guerra la suministró: los prisioneros fueron transformados en esclavos" (Engels, 1891: 144).

b) **Urbanización esclavista tributaria**

Hacia el año 3000 a.C., surgen los primeros indicios de la existencia de prisioneros destinados a la esclavitud, aunque la agricultura basada en ésta se desarrolló por completo hasta la Edad de Hierro(8) (Bernal, 1979:160). Paralelamente al surgimiento del sistema esclavista, ocurrió una revolución agrícola con la invención del arado y la domesticación de animales de tiro que hizo posible, por primera vez en la historia de la humanidad, la creación de un excedente de producción agrícola(9). La apropiación de dicho excedente por pequeños segmentos de la población fue el determinante fundamental que permitió el surgimiento de la *ciudad antigua*, dedicada a funciones religiosas, militares, administrativas, comerciales y al ejercicio del arte y de la ciencia. Su desarrollo presenta dos grandes períodos.

Aunque existieron asentamientos humanos al final de la Edad de Bronce y aún an-

---

(8) Para Europa se sitúa el surgimiento de la Edad de Hierro alrededor del año 1200 a.C. (Enciclopedia Británica).

(9) Según Ernest Mandel esta "revolución neolítica" ha sido ". . .la más importante revolución económica que el hombre ha conocido desde su aparición en la tierra" (Mandel, 1962:28).

tes(10), alrededor del año 2500 a.C., surgieron ciudades de considerable tamaño en la Mesopotamia: Ur de Chaldees, con una población de 34 mil habitantes; Lagsh, con 20 mil; Erech, con probablemente 70 mil; Umme, con 16 mil y Khafaje, con 12 mil (Burke, 1971:7). Esta población vivía dentro de las murallas de la ciudad, pero considerando la de su periferia, las cifras ascienden enormemente. Así, para Ur se estima que habitaban 34 mil personas dentro de las murallas, pero que en la "gran Ur" vivían alrededor de 360 mil habitantes, cifra que incluye a los agricultores de los alrededores (Sjoberg, 1960:37).

En esta primera etapa se encuentran también las ciudades surgidas, en la misma época, en los valles del Nilo, el Indo y el Huang Ho y, muy posteriormente, las ciudades mayas de Mesoamérica.

La segunda etapa en la aparición de las ciudades ocurrió en la región del mar Egeo alrededor del año 1200 a.C. A partir de esta etapa se fundaron ciudades en el norte de Africa, en Asia Central y en Europa. Esto fue posible por el aumento en la productividad agrícola y la cantidad de las tierras cultivadas gracias a la construcción de canales, represas, caminos, y a la invención del carro de ruedas. Además, se inventó la bomba hidráulica que condujo a un gran desarrollo de las obras de irrigación (Bernal, 1979:255-256). Este importante progreso aumentó el excedente de pro-

(10) Se estima que la ciudad de Jericó (ahora Jordán) data de 5000 años a.C. (Sjoberg, 1960:32) Hacia el año 3500 a.C. se sitúa el final de la Edad de Bronce.

ductos agropecuarios que, por las relaciones sociales imperantes, era captado por los grupos esclavistas urbanos representados por nobles, sacerdotes, militares, artesanos y comerciantes.

En la antigua Grecia y en el imperio romano la producción esclavista de productos no agrícolas estimuló un floreciente comercio que posibilitó el advenimiento de un cambio en la importancia de esta nueva actividad que superó a la de la agricultura, que había sido desde siempre la rama económica fundamental. Esto estimuló poderosamente el surgimiento de localidades urbanas, proceso que culminó con la cristalización de las más grandes ciudades de esta etapa: Atenas y Roma (Mumford, 1961: cap. V). Su población máxima se estima en 320 mil habitantes y 1.5 millones, respectivamente (Bernal, 1979:169).

Al derrumbarse el imperio con el saqueo final de Roma por los godos en el siglo V de nuestra era, el crecimiento de las ciudades en Europa occidental se detuvo y muchas desaparecieron. No obstante, en los imperios bizantino y musulmán la vida urbana continuó floreciendo. Poco se sabe sobre la dinámica de crecimiento de la población urbana respecto a la población total, pero en Grecia y especialmente en el imperio romano se experimentó un aumento considerable en el tamaño y número de ciudades. Roma, por ejemplo, en el siglo V a.C. tenía 320 mil habitantes, aumentó a 600 mil y 1.5 millones en los siglos I y II de nuestra era.

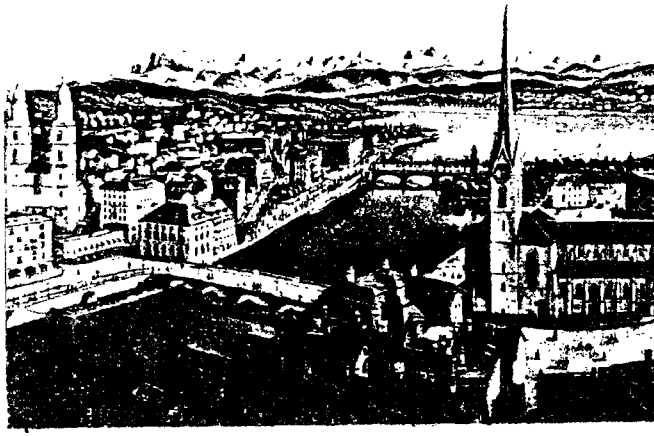
Muy probablemente en este tipo de urbanización no se dio un aumento significativo del porcentaje de población urbana respecto a la total. Su característica fundamental fue el establecimiento de una primera gran división del trabajo: la separación entre campo y ciudad con el dominio político-económico de esta última. Por la forma en que se captaba el excedente indispensable para el mantenimiento de la vida urbana, a la urbanización de este período se le puede bautizar como *esclavista tributaria.*

c) Urbanización feudal comercial

En contraste con la economía esclavista, el modo de producción feudal, comprendido en Europa entre los siglos V y XVII, tuvo a la tierra como su base económica fundamental. La agricultura se complementaba con una industria artesanal dispersa en aldeas. Esto condujo a un largo período de decaimiento de la

vida urbana europea que se prolongó por cerca de 500 años.

La economía feudal tenía un nivel tecnológicamente superior a la agricultura esclavista debido a ". . . un empleo más amplio del hierro, con mejores arados, aparejos y telares y utilizando artefactos que ahorran trabajo, como el molino" (Bernal, 1979:308). De esta suerte, fue posible mantener una clase parasitaria compuesta por la nobleza y el clero, que junto con su servidumbre representaba una décima parte de la población (Bernal, 1979: 308). A partir del siglo XI, en el seno del sistema feudal se fue desenvolviendo una poderosa actividad comercial y cierto desarrollo de la industria artesanal urbana, que reinició el crecimiento de las ciudades.



Hacia el siglo XI en Italia, Provenza y Cataluña se encontraban ya bien establecidas las ciudades, y en el siglo XII se empezaron a desarrollar en Francia, Inglaterra y Alemania.

Estas ciudades vivían de intercambiar artículos manufacturados artesanalmente por productos agrícolas excedentes en la economía feudal. El número de habitantes de las ciudades era reducido y ". . .al finalizar la edad media en los países más urbanizados, como Italia y Flandes, *la población de las ciudades no representaba probablemente más de un cinco por ciento del total*" (Bernal, 1979:309-310).

La población urbana durante el feudalismo fue aumentando por el desarrollo del comercio y la producción artesanal, que eran estimulados por el surgimiento de un considerable mercado constituido por los señores feudales, los campesinos ricos y los trabajadores urbanos. Este desenvolvimiento fue más o menos lento hasta fines de la Edad Media (siglo XIV), época en la cual probablemente alcanzó los niveles de urbanización experimentados en el imperio romano. El proceso se fue acelerando durante los tres siglos siguientes a medida que el predominio del campo sobre la ciudad se debilitaba y los comerciantes y artesanos burgueses lograban el poder necesario para imponer una nueva forma de producción basada en la compra monetaria de fuerza de trabajo.

La población urbana creció en la medida en que la expansión del capitalismo impulsó la migración de los campesinos liberados del sistema feudal, que eran absorbidos como trabajadores "libres" en las ciudades. El proceso esencial del crecimiento de las ciudades fue, pues, doble: en primer lugar, debido a la expansión del mercado por el incremento de la demanda de los señores feudales y los campesinos ricos; y, en segundo, por el aumento del

trabajo manufacturero urbano que también ampliaba el mercado e impulsaba fuertemente la actividad comercial.

El desarrollo del comercio permitió una considerable acumulación de capital en las ciudades. Los comerciantes se apropiaban de buena parte del producto excedente mediante un intercambio desigual entre bienes agrícolas y no agrícolas y a través de la monopolización de la producción artesanal(11).

Durante esta época las principales ciudades aumentaron considerablemente de tamaño. A principios del siglo XVII (1610), por ejemplo, Londres contaba con 250 mil habitantes, Nápoles con 240 mil y París con 180 mil, y a finales del XVIII (1795), aumentaron

(11) Marx señala claramente esta situación: "Si en la edad media el campo explota políticamente a la ciudad. . . a cambio de ello la ciudad explota económicamente en todas partes y sin excepción al campo, con sus precios de monopolio, su sistema de impuestos, su régimen gremial, su estafa mercantil descarada y su usura (Kuezynski, 1975:139-140).

a 800, 343 y 670 mil, respectivamente (Mumford, 1961:355). Importa destacar que la tasa de incremento medio anual de la población total y la de esas ciudades fue considerablemente menor al 1% anual (0.57% para Londres, 0.31% para Nápoles y 0.57% para París). Comparándolas con la de la población total europea en este período (0.40% anual; Clark, 1967:64), se desprende que si dos de estas tres ciudades (que eran de las más dinámicas), tenían un crecimiento ligeramente mayor al de la población total, probablemente el sector urbano en su conjunto experimentaba una tasa similar a la total. De aquí que se pueda concluir que la participación de la población urbana en la total permaneció más o menos constante en esa época.

El lento crecimiento de las ciudades en este período se debió fundamentalmente al aumento de la población total y a la extracción comercial del excedente agrícola por la ciudad medieval renacentista. Por estas cir-

cunstancias, a este tipo de urbanización se le denomina *feudal comercial.*

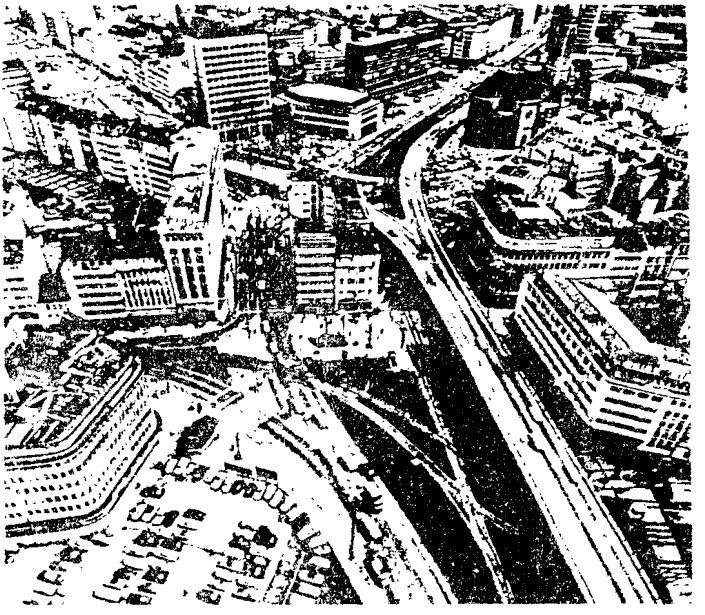
d) Urbanización industrial capitalista

El dominio del capitalismo a partir de la revolución industrial del siglo XVIII hizo posible, por primera vez en la historia, una acelerada concentración territorial de la población. Esto resultó del aumento sin precedentes de la producción de bienes no agrícolas y de máquinas-herramientas que posibilitaron a su vez un fuerte incremento de la productividad en el sector primario. La considerable mano de obra desplazada de la agricultura por las nuevas tecnologías fue absorbida productivamente por el sector industrial. Durante este proceso la industria, el comercio y los servicios desplazaron en importancia a la agricultura, la cual, habiendo sido el sector dominante en la economía pasó a ser "un simple apéndice de la industria". Así, dado que las nuevas actividades hegemónicas no requerían de la tierra como insumo directo, ni de la dispersión de población, se fomentó su concentración en las ciudades, acentuando la separación campo-ciudad que desde sus orígenes había significado la "más importante división del trabajo físico y espiritual" (Marx y Engels, 1971:55).

No es fácil explicar los factores que determinan el establecimiento de la industria en ciertas ciudades, pues es resultado de un complejo proceso dialéctico en que intervienen elementos de índole histórica, política, social y económica. Sin embargo, generalizando, se puede decir que una vez rota la estricta atadura original que obligaba a establecer la industria cerca de los recursos naturales y energéticos, ésta tendió a asentarse en ciertas localidades preindustriales que contaban con un conjunto de elementos necesarios para la producción y realización de las mercancías: comunicaciones terrestres y marítimas, disponibilidad de agua, mercado de trabajo desarrollado, mercado de consumidores, cierto mínimo de infraestructura, etc. Esto se fortalecía porque los comerciantes de dichas ciudades se transformaban en capitalistas, o aportaban el capital necesario para las actividades industriales. Desde los orígenes, la acción del Estado en la dotación de las condiciones infraestructurales (aprovisionamiento de agua, energéticos, comunicaciones, etc.) se constituyó en el aspecto fundamental para explicar la localización de las empresas.

Durante esta última etapa, las ciudades capitalistas alcanzaron tamaños sin precedentes: Londres pasó de 959 mil habitantes en 1800 a 2.4 millones en 1850 y a 4.2 millones en 1890. Esto representó un incremento anual de 3.8% entre 1800 y 1850 y de 2.0% entre 1850 y 1890; París con 1.1 millones de habitantes en 1850 elevó su población a 2.5 millones en 1890, con un incremento anual del 3.3%; Berlín, de 173 mil habitnates en 1800, creció a 378 mil en 1850 y a 1.6 millones en

1890 (incrementos anuales de 9.1 y 7.9% en los dos períodos respectivos); Nueva York, de 63 mil personas en 1800, aumentó a 661 mil en 1850 y a 2.7 millones en 1890, que significan tasas de crecimiento anuales inconcebibles en la historia anterior y aún en la contemporánea (47.3 y 7.9% en los dos períodos en cuestión); Chicago aumentó su población de 30 mil habitantes en 1850 a 1.1 millones en 1890, lo que representó la astronómica tasa anual de 89.2% (la población de las ciudades se obtuvo de A.F. Weber, 1899:450). Así por primera vez en la historia de la humanidad, aumentó sistemáticamente el porcentaje de población urbana respecto a la total (Davies, 1969:5). Desde el punto de vista cuantitativo éste es el rasgo esencial de este tipo de urbanización *industrial capitalista*.



e) Urbanización industrial socialista

La industrialización produce la urbanización. De esta suerte, en la medida que los países socialistas se industrialicen se estimulará el desarrollo urbano como en las sociedades capitalistas. En la Unión Soviética, por ejemplo, está sucediendo un acelerado proceso de urbanización ante el notable desarrollo industrial del país. Esto se manifiesta en el aumento del tamaño de las ciudades existentes y en el surgimiento de nuevas localidades urbanas; en 1926 existían 709 ciudades, en 1939, 1.373 y en 1970 había alrededor de 5.644 ciudades en las que vivían 146.1 millones de habitantes. En estos años el porcentaje de población urbana pasó del 18 al 33% y al 56%, respectivamente. En 1977 el nivel de urbanización alcanzó la cifra de 62% (Montes, 1977:15).

El proceso de urbanización *industrial socialista*, aunque se asemeja cuantitativamente al capitalista(12) presenta importantes diferencias cualitativas: i) una gradual disminución del antagonismo campo-ciudad, que conduce a atenuar las diferencias en el nivel de vida, los servicios, la cultura, etc., entre el campo y la ciudad y entre localidades urbanas de diferentes tamaños; ii) disminución progresiva de las desigualdades regionales en nivel de desarrollo y iii) una organización espacial económico-demográfica más uniforme, tendiente a la mejor utilización de los recursos naturales y humanos, así como a la preservación de la ecología. Como corolario de esta última diferencia se puede señalar la propensión hacia menores niveles de concentración económico-demográfica en una o unas cuantas localidades urbanas, esto es, que se empieza a invertir la tendencia hacia la elevada concentración territorial que se observa en los países capitalistas.

(12) Aún desde el punto de vista cuantitativo se ha observado que, a semejantes niveles de desarrollo, la proporción de población que vive en localidades urbanas en los países socialistas es menor que la de los capitalistas (Ofer, 1977:277).

Relaciones de causalidad entre el desarrollo económico y la urbanizacion

Es cierto que en los orígenes del capitalismo la urbanización feudal comercial precedió a la industrialización y al desarrollo, pero es más correcto decir que la ciudad feudal fue el medio ambiente que fomentó la industrialización y el desarrollo capitalista. La aparición de estos dos procesos, sin embargo, presupone necesariamente una urbanización cuantitativa y cualitativamente diferente de las anteriores. El desarrollo sobrevino con un importante cambio en la estructura de la producción en favor de las actividades no agrícolas que, por sus peculiares requisitos tecnológicos y sus muy limitadas necesidades de tierra, se localizan geográficamente en forma concentrada.

Cualitativamente, la urbanización industrial capitalista surgió al modificarse las rela-

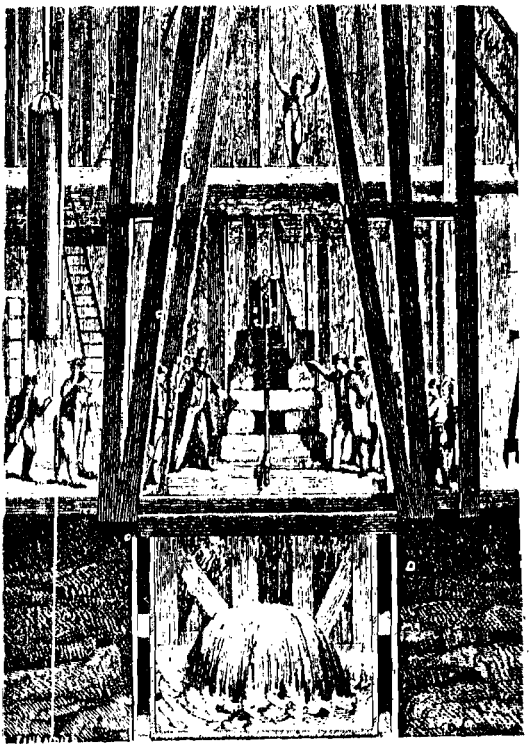
ciones de poder entre el sector urbano y el rural. La burguesía urbana empezó a apropiarse de los productos primarios en forma creciente. Esto fue propiciado por las cada vez más desiguales relaciones de intercambio entre bienes industriales y agropecuarios, impuestas por los recientes centros urbanos donde residía el nuevo poder económico y político. Así, se acentuó el antagonismo campo-ciudad, favoreciendo a los intereses urbanos.

Las relaciones de causalidad entre el desarrollo y la urbanización son diferentes para los tipos de urbanización señalados, lo que explica las diferentes opiniones de los especialistas. En lo que sigue se hará referencia exclusivamente a la urbanización industrial capitalista, a menos que se especifique lo contrario. Este tipo de urbanización —cuya característica es el aumento porcentual de la población urbana—, no ocurre sin la industrialización y el consiguiente desarrollo económico. La relación no es, sin embargo, lineal. Se trata de una praxis que se invierte: el desarrollo presupone la urbanización así como la urbanización presupone el desarrollo. El proceso real implica simultáneamente a los dos. El desarrollo económico, no obstante, se erige como *base y condición dialéctica* del proceso como unidad.

La modificación de la estructura económica origina cambios en la superestructura social, legal, política, etc., de tal manera que a la nueva estructura económica le corresponden formas superestructurales específicas. Así, los cambios atribuidos a la urbanización son causados por el desarrollo de las fuerzas productivas que modifican la estructura económica. La definición de urbanización como un fenómeno multidimensional presenta los mismos defectos que sus defensores le adjudican a las definiciones demográfico-ecológicas: es igualmente superficial, a pesar de su apariencia "compleja", pues no distingue las intrincadas relaciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la urbanización. El cambio en la estructura económica es el determinante objetivo de los cambios en las superestructuras. El que la urbanización sea su aspecto externo, esto es, un *fenómeno* del desarrollo de las fuerzas productivas, hace que equivocadamente se le atribuyan cambios superestructurales que corresponden más bien a su *esencia o condición dialéctica* (la industrialización).

La urbanización produce, sin embargo, algunos efectos sobre las estructuras sociales debido a que mantiene con la industrialización una relación *necesaria y recíproca.* Es necesaria porque la industrialización ocurre inevitablemente con la urbanización, de tal suerte que esta última caracteriza a la primera. Sin embargo, del nexo genético entre los dos procesos se desprende que la industrialización es la *base* de la urbanización. Es recíproca, porque surge una acción mutua en la cual el "efecto" —la urbanización— se revierte sobre su propia "causa" —la industrialización—. Esta

se constituye en el proceso original y sólo podría aceptarse que la urbanización es "multidimensional" en la medida en que sus efectos sobre las superestructuras se dan por medio de su acción mutua con el desarrollo. Es erróneo, pues, atribuirle al hecho físico de que la población se concentre, la modificación en las superestructuras de la sociedad.



Por lógica —formal— existe la posibilidad de que la urbanización modifique a las superestructuras *independientemente* del cambio de la estructura económica. Cabe aceptar la influencia de la concentración de la población en ciertos hábitos innegables de la vida coti-

diana y de la ecología, pero no existe evidencia alguna de que tenga una influencia independiente sobre las diversas superestructuras. por ejemplo, en un estudio empírico sobre la relación entre la urbanización y el consumo, en el cual se analizaron los patrones de consumo de localidades rurales y urbanas con iguales niveles de ingreso, no se observaron claras diferencias (Garza, 1972, cap. III).

Con base en el análisis anterior, se define la urbanización como el proceso de *transformación* paulatina de la estructura y superestructuras rurales en la estructura y las superestructuras urbanas(13). Según esta definición la urbanización se caracteriza por el desarro-

(13) Al señalar como elemento esencial del proceso de urbanización la *transformación* de lo rural en lo urbano, esta definición difiere de las otras existentes en que no considera como la esencia del proceso a la naturaleza y dinámica de una de las partes de la relación: la ciudad. Hay que señalar, sin embargo, que la definición que la señala como "un aumento de la razón entre población urbana y población total" necesariamente implica la *transformación* de población rural en urbana. No obstante, esta definición es parcial y ahistórica, pues se refiere únicamente a la urbanización industrial capitalista y, en cierta medida, a la industrial socialista.

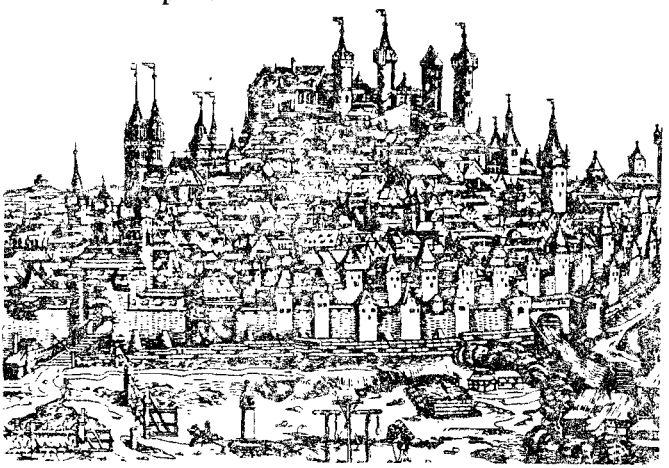
llo incesante de la división social del trabajo, que transfiere la fuerza laboral agrícola hacia las ramas no agropecuarias(14); por el cambio de la *forma, medios y objetos* de la producción; por la creciente *diferenciación* de las superestructuras políticas, sociales, psicológicas, etc., entre el campo y la ciudad y por dar origen a la ciudad y estimular su multiplicación y crecimiento.

En síntesis, el rasgo específico de la urbanización es el proceso de separación campo-ciudad. Sin embargo, esta transformación no es eterna: nació con la segunda gran división del trabajo y morirá cuando prácticamente se extinga el mundo rural; cuando el trabajo no agrícola constituya la casi totalidad de la fuerza de trabajo; cuando la forma de producción sea exclusivamente urbana; cuando se elimine la diferenciación superestructural entre campo y ciudad por la desaparición de la sociedad rural. En ese momento finalizará el proceso de transformación de lo rural en lo urbano, esto es, la urbanización.

No obstante, el proceso de concentración de la población —aumento del tamaño y número de las ciudades— podrá seguir con la

(14) A este respecto Jean Lojkine señala que: "La urbanización capitalista actual podrá definirse entonces como *la forma más adelantada de división del trabajo material e intelectual*" (Lojkine, 1979:135). Sin duda esta definición se entiende dentro de la lógica de la definición de urbanización aquí propuesta, pero le quedan las deficiencias de no introducir la dinámica del proceso —que es lo que lo define— y de concentrarse en una sola de sus resultantes. En realidad, siempre habrá una forma adelantada de división del trabajo, con o sin capitalismo y con o sin urbanización.

única condición de que crezca la población. Pero esto sucederá sin ninguna transformación de lo rural en lo urbano. El desarrollo de las fuerzas productivas continuará, pero sin la urbanización, que fue durante milenios su más fiel acompañante.



Bajo esta concepción, las dos definiciones de urbanización de corte demográfico (de Eldridge y Browning) son parciales por ahistóricas y tienen validez únicamente en ciertas etapas del desarrollo de la sociedad. La de Eldridge, que en general es la más aceptada, considera a la urbanización como un proceso prácticamente infinito debido a que centra su atención en el surgimiento y crecimiento de las ciudades, que es sólo una de sus peculiaridades. La que la define como "un aumento de la razón entre población urbana y la población total" se aplica exclusivamente a la urbanización industrial capitalista y socialista, pero tiene la ventaja de señalar casualmente la inevitable terminación del proceso, así como considerar implícitamente su característica esencial, esto es, el proceso de transformación

de lo rural en lo urbano.

La definición de Quijano y Friedmann se ajusta en parte a la de Eldridge(15), pero al enfatizar la multidimensionalidad de la urbanización le atribuyen los cambios superestructurales originados por las modificaciones en la estructura económica(16).

A partir de la revolución neolítica, en síntesis, ha existido un nexo necesario entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la concentración de la población en ciudades. No obstante las notables diferencias en la dinámica de dicha concentración en los períodos históricos considerados, el vínculo observado es permanente; de tal forma que la urbanización se manifesta como un fenómeno inherente al desarrollo de las fuerzas productivas. De esta suerte, se puede hablar de una ley específica de correspondencia entre el carácter y desarrollo de las fuerzas productivas y el carácter y desarrollo del proceso de transformación de lo rural en lo urbano. A cada modo de producción le corresponde un tipo definido de urbanización: esclavista tributaria; feudal comercial; industrial capitalista e industrial socialista.

---

(15) Quijano señala como característica del proceso la "expansión y modificación de los sectores urbanos" y Friedmann lo piensa como el proceso que "da origen a una ciudad", por lo que comprende el aumento de tamaño y número de las concentraciones de que habla Eldridge.

(16) Manuel Castells percibió este confuso panorama optando, aunque evadiendo la dificultad, por ". . .más que hablar de *urbanización*, trataremos del tema de la *producción social de formas espaciales*", en "espera de una discusión propiamente teórica del problema" (Castells, 1976: 26).

BIBLIOGRAFIA CITADA

BERNAL, John D. (1979), *La ciencia en la historia*, UNAM, Editorial Nueva Imagen, México.

BROWNING, Harley L. (1967), "The Demography of the City", G.H. Bayer (Ed.), *The Urban Explosion in Latin America*, Cornell University Press, New York.

CASTELLS, Manuel (1976), *La cuestión urbana*. Siglo XXI Editores, México.

CLARK, Colin (1957), *The Conditions of Economic Progress*, McMillan, Londres.

CHILDE Gordon, V. (1964), *Evolución social*, UNAM, México.

DAVIES, J. y GOLDEN, H.H. (1954), "Urbanization and the Development of Pre-Industrial Areas", en *Economic Development and Culturas Change*, The University of Chicago, vol. III, No. 1, Chicago.

— (1969), "The Urbanization of the Human Population", en Gerald Breese (Ed.). *The City in Newly Developing Countries*, Princeton University, Englewoods.

ELDRIGDE, Hope, T. (1963), "The Process of Urbanization", en J. Spengler y O. Duncan (Eds.), *Demographic Analysis*, The Free Press of Glencoe, New York.

ENGELS, Federico (1891), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (s.e.) (s.l.).

FARDEY-BRENAC, E. y MOREAU, P. (1973), "Urbanisation et développement capitaliste", en *Espaces et Societes*, No. 8, París.

FRIEDMAN, John (1967), "Dos conceptos de urbanización: comentarios" Santiago de Chile, Chile (mimeo).

GARZA, Gustavo (1972), *La urbanización de la estructura económica*, tesis profesional, Facultad de Economía, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey.

HAUSER, Philip M. (1962), *La urbanización en América Latina*, UNESCO, Santiago de Chile, Chile.

HIGGINS, Benjamín (1966), "Urbanización y desarrollo económico", en *Cuadernos de la Sociedad Venezolana de Planificación*, vol. IV, No. 8, Caracas.

LEFEBVRE, Henri (1968), *El derecho a la ciudad*, Ediciones Península, Barcelona.

— (1972), *El pensamiento marxista y la ciudad*. Editorial Extemporáneos, México.

LIPIETZ, Alain (1979), *El capital y su espacio*, Siglo XXI Editores, México.

LOJKINE, Jean (1979), *El marxismo, el estado y la cuestión urbana*, Siglo XXI Editores, México.

MANDEL, Ernesto (1962), *Marxist Economic Theory*, Merlin Press, Londres.

MARX, Carlos, *El capital* (Tomo I, 1968; tomos II y III, 1973), Fondo de Cultura Económica, México.

— (1970), *Contribución a la crítica de la economía política*, Fondo de Cultura Popular, México.

— y ENGELS, Federico (1971). *La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo.

MONDOLFO, Rodolfo (1956). *El materialismo histórico en F. Engels*, Ed. Raigal, Buenos Aires.

MONTES, Norma (1977), "Algunas notas sobre el proceso de urbanización en la Unión Soviética", en *Arquitectura, Cuba*, No. 436, 1, La Habana.

MUNFORD, Lewis (1961), *The City in History. Its Origins Transformations and its Prospects*, Harcourt, Brace World, New York.

OFER Gur (1977), "Economizing on Urbanization in Socialist Countries: Historical Necessity or Social Strategy", en A.A. Brown y E. Neuberger (Eds.), *Internal Migration, A Comparative Perspective*, Academic Press, New York.

POCHES, Bernard (1975), "Mode de production et structures urbaines", en *Espaces et Sociétés*, No. 16, Paris.

QUIJANO, Aníbal (1968), "Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXX, vol. XXX, No. 3, México.

— (1973), "Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina", en M. Schteingart, *Urbanización y dependencia en América Latina*, Ediciones SIAP, Buenos Aires.

QUINTERO, Rodolfo (1964), *Antropología de las ciudades latinoamericanas*, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

SCHNORE, Leo F. (1961), "The Statistical Measurement of Urbanization and Economic Development", en *Land Economic*, vol. XXXVII, No. 3, Madison, Wisconsin.

SERENI, Emilio (1973), "La categoría formación económica y social" en Sereni E. *et. al.*, *La categoría de "Formación económica y social"*, Ediciones Roca, México.

SJOBERG, Gideon (1960), *The Preindustrial City*, The Free Press, New York.

UNIKEL, L., RUIZ, C. y GARZA, G. (1976), *El desarrollo urbano de México, Diagnóstico e implicaciones futuras*. El Colegio de México, México.

WEBER, Adna F. (1965), *The Growth of Cities in the Nineteen Century, A Study in Statistics*, Cornell University Press, Ithaca, New York. (2a. edición: originalmente publicado en 1899).

La 2ª edición de este libro se terminó de imprimir en octubre de 1988 en los talleres del Centro de investigaciones CIUDAD.
Tiraje: 500 ejemplares
Quito - Ecuador